4327

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO

IBSEN

ESPECTROS

DRAMA

A. de Villasalba

10

ESPECTROS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Halvard Solness.	1	peseta.
Hedda Gabler	1	"
Los puntales de la sociedad	1	"
Un enemigo del pueblo	1	"
Casa de muñeca.	1	"
La unión de los jóvenes	1	"
Brand	1	"
El pato silvestre	1	"
Espectros	1	"
Rosmersholm.	1	"
La dama del mar.	1	"
El niño Eyolf.	1	"
Peer Gynt.	1	"

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO — Vol. 14

E. IBSEN

ESPECTROS

DRAMA EN TRES ACTOS

VERSIÓN CASTELLANA

DE

ANTONIO DE VILASALBA

JOYA LITERARIA
— DE —
ANTONIO BINBIS C.
AHUMADA 125
SANTIAGO

Librería de Antonio López, editor.—Rambla del Centro, 20. — Barcelona : : : : : : : : 1909.

PERSONAJES

ELENA, viuda del capitán Alving, gentilhombre de cámara.

OSWALDO ALVING, su hijo, pintor.

EL PASTOR MÁNDERS.

ENGSTRAND, carpintero.

REGINA ENGSTRAND, doncella de Elena.

La escena pasa en el campo, en casa de Elena, á orillas de uno de los grandes FIORDS *de la Noruega Septentrional.—Epoca actual.*

ACTO PRIMERO

Una sala espaciosa con vistas al mar. Puerta á la izquierda y otras dos á la derecha. En medio de la sala un velador rodeado de sillas. Sobre el velador, libros, papeles, ilustraciones, periódicos, etc. En primer término, á la izquierda, una ventana, y delante de ella un pequeño diván y una mesa dispuesta para la costura. En el fondo, un invernadero en comunicación con el salón. A la derecha del invernadero una puertecita que da acceso al jardín. Por entre los vidrios se divisa el *fiord* melancólico al través de brumas y de un velo de lluvia.

ESCENA PRIMERA

ENGSTRAND y REGINA. El primero en la puerta del invernadero. Tiene la pierna izquierda más corta que la derecha, y lleva una gruesa suela de madera. Regina con una regadera vacía en la mano trata de impedirle que se adelante.

REGINA. — (*En voz baja*). ¡No pase usted, que va á mojarlo todo! ¡Viene usted chorreando!

ENGSTRAND. — ¡Es la lluvia del cielo, hija mía!

REGINA. — Mejor diría usted, del infierno.

ENGSTRAND. — ¡Válgame Dios, y qué manera tienes de hablar, Regina! (*Da algunos pasos cojeando*). ¡Escucha! Venía á decirte...

REGINA. — ¡Pst!... no haga usted tanto ruído con el

678183

pié. El señorito está durmiendo arriba, cabalmente encima de nosotros.

ENGSTRAND. — ¿Y aún duerme á estas horas?

REGINA. — ¿Y á usted qué le importa?

ENGSTRAND. — Ayer hice una barbaridad.

REGINA. — Lo creo.

ENGSTRAND. — Los hombres somos débiles... hija mía.

REGINA. — Eso sí que es verdad.

ENGSTRAND. — Y en este bajo mundo menudean las tentaciones. Pero, Dios me libre de mentir; esta mañana, á las cinco y media ya estaba trabajando.

REGINA. — Está bien; pero ahora váyase usted, pues no puedo estarme aquí de plantón toda la mañana.

ENGSTRAND. — ¿Qué?

REGINA. — Que no quiero que le hallen aquí charlando conmigo. Vamos, vuélvase usted á su trabajo.

ENGSTRAND. — (*Avanzando dos pasos*). Eso no, no me voy hasta haberte hablado. Esta tarde termino mi tarea allá abajo... (*Señala el fiord*) en la escuela, y por la noche tomo el vapor y me vuelvo á la ciudad.

REGINA. — (*Entre dientes.*) ¡Buen viaje!

ENGSTRAND. — ¡Gracias hija mía! Mañana se inaugura el Asilo y habrá comilonas rociadas con bebidas fuertes. Pues bueno; nadie ha de decir que Jacobo Engstrand no puede resistir á la tentación... ¡no!...

REGINA. — ¡Oh!

ENGSTRAND. — Mañana se reunirán aquí muchos personajes, gente de tomo y lomo; también estará el pastor Mánders.

REGINA. — Hoy llega.

ENGSTRAND. — Ya lo ves. No me conviene que él tenga nada que decir de mí. ¿Comprendes?

REGINA. — Sí. Vamos, ya sé...

ENGSTRAND. — ¿Qué quieres decir con eso?

REGINA. — (*Mirándole con malicia*). ¿Qué nuevo embuste piensa usted hacerle creer al pastor Mánders?

ENGSTRAND.—¡Pardiez! ¿Te has vuelto loca? ¿Engañar yo al pastor Mánders? ¡Oh, no! ¡eso nunca! Ha sido muy bueno para mí. (*Pausa*). Pero volviendo

á lo que te decía, ya lo sabes, esta noche me vuelvo á casa.

REGINA.—Hace usted bien; cuanto más pronto mejor.

ENGSTRAND. — Sí, pero quiero llevarte conmigo.

REGINA.—(*Mirándole estupefacta*). ¿Qué yo vaya con usted? No, no debo haber comprendido lo que usted ha dicho.

ENGSTRAND. — Digo... que te necesito en casa, á mi lado.

REGINA. — (*Con sorna*). ¡Yo! ¡Yo volver á su casa! ¡Nunca! ¡Jamás!

ENGSTRAND. — Lo veremos.

REGINA. — Vaya si lo veremos: ya puede usted marcharse bien tranquilo. ¿Yo, educada en casa de la viuda de un gentilhombre? ¿Yo, tratada aquí casi como una hija, irme á vivir con usted? ¿A una casa como la suya? ¡Quítese usted, hombre!... Usted sueña.

ENGSTRAND. — ¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Vas á rebelarte ahora contra tu padre?

REGINA. — (*A media voz sin mirarlo*). Mil veces, cuando usted... (*Haciendo el signo de beber*) me ha dicho que yo... nada... vamos... que yo no era hija suya.

ENGSTRAND. — ¡Bah! No hagas caso de eso.

REGINA. — ¿Cuántas veces no me ha dicho usted que yo era... una... ¡Ea, quítese usted!

ENGSTRAND. — ¡No, no! yo no te he dicho eso.

REGINA. — ¡Oh! Bien me acuerdo de la palabrota que usted usaba.

ENGSTRAND. — ¡Bueno! Eso sería los días que había bebido un poco. ¡Hay tantas tentaciones en este mundo, Regina!...

REGINA. — ¡Uf!

ENGSTRAND. — Y además, era también porque tu madre tenía muchos humos. Yo necesitaba inventar algo para dominarla, hija. Siempre se hacía la remilgada. (*Remedándola*). «Ay, no me toques, Engstrand! ¡No te me acerques! ¡Ay, no sé por qué estoy contigo... yo que he servido tres años en

casa del señor Alving, de un gentilhombre!» (*Sonriendo*). ¡Dios mío, Señor! No podía olvidar que el capitán había llegado á ser gentilhombre, cuando ella estaba en su casa.

REGINA. — ¡Pobre madre mía! ¡no, no le estorbó á usted mucho tiempo! ¡Yo creo que la mató usted á disgustos!

ENGSTRAND. — (*Con un movimiento que le obliga á balancearse y cojear*). ¡Naturalmente! Yo siempre tengo culpa.

REGINA. — (*Bajo y apartándose*). ¡Uf! ¡Esta pierna!

ENGSTRAND. — ¿Qué dices?

REGINA. — *¡Pied de mouton!*

ENGSTRAND. — ¿Es francés eso?

REGINA. — ¡Sí!

ENGSTRAND. — Veo que aquí has aprendido mucho y... Estoy pensando que eso podría venir de molde, Regina.

REGINA. — (*Después de un momento de silencio*). ¿Y qué haría yo en la ciudad?

ENGSTRAND. — ¡Hase visto desvergüenza!... ¿Que ha de querer un padre de su única hija? ¿No soy viudo... y solo... y abandonado?

REGINA. — ¡Ea, déjese usted de hipocresías! ¿Por qué quiere que me vaya con usted?

ENGSTRAND. — Ya verás... Yo... ya te lo diré. Se me ha ocurrido una idea, una cosa nueva que quisiera probar...

REGINA. — (*Despreciativa*). ¡Ha probado usted tanto sin hacer nada bueno!

ENGSTRAND. — Pues esta vez, Regina, que el diablo me lleve si...

REGINA.—(*Dando con el pié*). ¡No blasfeme usted!

ENGSTRAND. — Tienes razón, Regina. Oye: desde que trabajo en la construcción del nuevo Asilo, he puesto algún dinero de parte...

REGINA. — ¿De veras? Me alegro.

ENGSTRAND. — ¿Y qué quieres que haga, aquí, con este dinero?

REGINA. — Usted dirá.

ENGSTRAND.— Pues he pensado emplear mi dinero de modo que me produzca algo. Habría que emprender algo, como, supongamos una especie de posada para los marinos.

REGINA. — ¡Uf!

ENGSTRAND. — Ya verás, chica, no sería un tugurio, sino un albergue de primera; no para los marineros, sino para los capitanes, pilotos, sobrecargos... en fin, para lo más granado. ¿Entiendes?

REGINA. — ¿Y yo tendría que....?

ENGSTRAND. — Tú tendrías que ayudarme, claro: pero por aquello del buen parecer, ya me entiendes. Nada de hacer faenas, ni de.... Vamos que harías tan sólo lo que te viniese de gusto.

REGINA. — (*Moviendo la cabeza*). ¡Si, sí! ¡ya!...

ENGSTRAND. — Porque en una casa bien montada ha de haber una mujer joven que halague, esto es tan claro como la luz del día. Por las noches, habría allí broma y jaleo, (*Animándose*) canto, baile.... atracciónes. Como son marinos que se pasan la mayor parte del año viajando por esos mares de Dios... (*Acercándosele, con cariño*) ¡Vamos, Regina! no seas tonta; mira que esto te conviene. ¿Qué vas á conseguir aquí? ¿De qué va á servirte esa instrucción que tu ama te ha dado? Ahora he oido decir que te destinan al cuidado de los niños, en el nuevo Asilo. Y pregunto yo: ¿es ese un trabajo bueno para tí? Y luego ¿á perder la salud sacrificándote por esos pobres y enfermos?

REGINA. — ¡No! Si las cosas no fueran tal como yo deseo... entonces.... ¡Sí, bien podría suceder! Entonces.... veríamos!

ENGSTRAND. — ¿Qué es lo que podría suceder?

REGINA. — Y á usted, ¿qué le importa? ¿A cuánto suben sus ahorros?

ENGSTRAND. — Algo así, como unas setecientas ú ochocientas *coronas*.

REGINA. — ¡Vamos! Ya es algo.

ENGSTRAND. — ¡Ya hay para empezar, hija mía!

REGINA. — Y á mí, ¿cuántas me dará usted?

ENGSTRAND. — ¿A tí? ¿Y para qué?

REGINA. — Ni siquiera para vestirme...

ENGSTRAND. — Ven conmigo á la ciudad, y allí tendrás todos los vestidos que quieras.

REGINA. — ¡Basta! ¿Qué se ha figurado usted? Ya sabré arreglármelas sola, cuando se me antoje.

ENGSTRAND. — Regina, siempre te guiará mejor la mano paterna. Precisamente tengo ahora apalabrada una casa de la calle del Puerto, que es de primera. Sin mucho gasto podríamos establecer allí una especie de albergue para los marinos.

REGINA. — Pero, ¿si yo no quiero vivir con usted? ¡Si con usted no quiero nada! ¡Vamos, márchese usted y que Dios le ampare!

ENGSTRAND.— Eres una tonta, ya que seguramente no estarías mucho tiempo conmigo. No, caramba: no tendría yo tal suerte. Una muchacha guapa como tú... porque te has puesto guapa estos últimos años...

REGINA. — Bien, ¿y qué?

ENGSTRAND.— Que no se pasaría mucho tiempo sin que se presentara un piloto... ó puede que un capitán...

REGINA.— Pero, si yo no quiero casarme con ningún marino. Son gente que no tienen educación, ni finura, ni...

ENGSTRAND. — ¿Qué dices que no tienen?

REGINA.— Demasiado los conozco. ¡Vaya! que no son gente para que yo me case con uno de ellos.

ENGSTRAND.— Pero, ¿quién te habla de casarte? Se puede sacar partido de otro modo... (*Confidencialmente*). ¿Sabes aquel inglés... aquel inglés del yacht? Pues dió cien libras esterlinas, y eso que ella no era, ni con mucho, tan bonita como tú.

REGINA. — (*Indignada*). ¡Salga usted de aquí!

ENGSTRAND. — (*Retrocediendo*). Supongo que no vas á andar á trastazos.

REGINA. — Si continúa usted hablando así, no sé lo que haré. ¡Salga usted de aquí... y al punto! Le digo que se vaya. (*Lo empuja hacia el jardín*). Y

no cierre usted la puerta con violencia, que el señorito...

ENGSTRAND. — Sí... duerme... ya lo sé. Me choca que te ocupes tanto del señorito. *(Bajando la voz)*. Pero ya... comprendo... tal vez él...

REGINA. — ¡Márchese usted! ¡enseguida! ¡aprisa! ¿Se ha vuelto usted loco? (*Engstrand va á salir por la misma puerta vidriera que ha entrado. Regina, que ha mirado al jardín, le coge de la manga y lo conduce hasta una de las puertas de la derecha*). No, por aquí no, que va á llegar el pastor Mánders. ¡Pronto! ¡pronto! Lárguese usted por la escalera de la cocina.

ENGSTRAND. — (*Pasando á la derecha*). Está bien, está bien, ya me voy. Pero no dejes de hablar con el pastor, y él te dirá lo que los hijos deben á sus padres. Porque, quieres que no, yo soy tu padre. ¿Estás? Y puedo probarlo por los registros de la parroquia. (*Sale por la segunda puerta de la derecha que Regina ha abierto y vuelve á cerrar. Regina se queda ante el espejo; se arregla un poco el peinado y el delantal, se compone la cinta de la gorguera, y luego se entretiene en arreglar las flores de los jarrones*).

ESCENA II

REGINA y el pastor MÁNDERS: éste entra por la puerta del invernadero, con un largo impermeable negro, un paraguas y un saquito de viaje terciado.

EL PASTOR. — Buenos días, Regina.

REGINA. — (*Volviéndose con alegre sospresa*). ¡Buenos días, pastor Mánders! ¿Llegó el vapor ya?

EL PASTOR. — Sí, acaba de abordar. ¡Que tiempo más pesado! ¡Siempre lloviendo!

REGINA. — (*Andando detras de él*). Para los campesinos es un gran tiempo, pues el agua, en esta estación, aumenta la cosecha.

El Pastor. — Cierto; y nosotros los que vivimos en las ciudades, nunca nos acordamos de estos beneficios que el cielo nos envía. (*Se quita lentamente el impermeable*).

Regina. — Permítame usted que le ayude. ¡Así! ¡Dios mio! ¡y que mojado viene usted! Voy á colgarlo; (*cogiéndole el impermeable y el paraguas*) y el paraguas lo dejaré abierto para que se escurra. (*Sale por la segunda puerta de la derecha. El pastor se quita la bolsa de viaje y la deja en una silla con el sombrero. Regina vuelve á entrar por la misma puerta*).

El Pastor. — ¡Qué agradable es, estar bajo techado! ¿Cómo vamos, Regina?

Regina. — ¡Bien, muy bien, gracias! (*Haciendo una reverencia con una sonrisa coqueta*).

El Pastor. — Deben ustedes estar muy atereados, con la fiesta de mañana.

Regina. — Sí, señor; lo que es trabajo no falta.

El Pastor. — La señora estará en casa ¿verdad?

Regina. — Sí, pero anda por arriba, preparando el desayuno del señorito.

El Pastor. — Ah, sí; ya me han dicho en el muelle que Oswaldo estaba de vuelta.

Regina.—Llegó anteayer. Nosotros no le esperábamos hasta hoy. Quiso darnos una sorpresa.

El Pastor. — Y ¿qué tal? ¿Está bueno? Vendrá muy contento, supongo.

Regina. — Sí, está bien, gracias. Pero se encuentra horriblemente fatigado del viaje. Ha venido directamente de París, y ha hecho el trayecto todo de un tirón para llegar más pronto. Ahora estará durmiendo, y si á usted le parece hablaremos algo más bajo.

El Pastor. — Está bien, no hagamos ruido.

Regina. — (*Acercando un sillón á la mesa*). Pero siéntese, señor pastor y acomódese á su gusto. (*Mánders se sienta y Regina le acerca un taburete á los pies*). Así... ¿Está usted bien?

El Pastor. — Gracias, gracias; estoy muy bien. (*Mi-*

rándola). Sabes, Regina, que te encuentro mucho más alta... y más gruesa.. En fin, que desde que no te había visto, estás hecha una mujer...

REGINA. — ¿Le parece al señor pastor? La señora también dice que me he desarrollado.

EL PASTOR. — Y es la verdad. (*Pausa*).

REGINA. — ¿Quiere usted que avise á la señora?

EL PASTOR. — ¡Gracias! No llevo prisa. Y ahora... dime, ¿cómo está tu padre?

REGINA. — ¡El, bien, gracias!

EL PASTOR. — La última vez que fué á la ciudad estuvo en casa.

REGINA. — ¿De veras? ¡Se pone tan contento siempre que puede hablar con usted!...

EL PASTOR. — Y tú, ¿le ves muy á menudo?

REGINA. — ¿Yo? Es claro, siempre que puedo.

EL PASTOR. — Tu padre, desgraciadamente, no es un hombre fuerte. Necesita una mano que le guíe.

REGINA. — Eso sí que es verdad.

EL PASTOR. — Necesita cerca de él, alguien que le quiera y le aconseje. El me lo confesó... él mismo... la última vez que vino á verme.

REGINA. — También á mi me ha dicho algo. Pero no sé si la señora me dejaría marchar, sobre todo ahora que nos hemos de encargar del servicio del nuevo Asilo. Y á mi misma me costaría trabajo separarme de la señora, que ha sido siempre tan buena para mi.

EL PASTOR. — ¡Pero, hija!... El deber filial... Por supuesto no hay que decir que ante todo sería preciso obtener el consentimiento de la señora Alving.

REGINA. — Luego... no sé si es conveniente á mi edad, encargarme de la casa de un hombre solo.

EL PASTOR. — ¡Hija mía! ¡por el amor de Dios!... ¿No ves que se trata de tu padre?

REGINA. — Bien... ¡sí!... Si fuese en una buena casa... y para servir á un señor respetable...

EL PASTOR. — ¡Pero Regina!...

REGINA. — Una persona á la cual yo quisiera y respetara como á mi padre.

El Pastor. — ¡Sí! pero ya verás...

Regina. — Entonces... sí que me gustaría vivir en la ciudad ¡Aquí está una tan sola! ¡Demasiado sabe usted lo qué es vivir solo en este mundo! Además no tengo inconveniente en decir que soy trabajadora y que pongo mis cinco sentidos en lo que hago. ¿No me sabría usted ninguna colocación por el estilo?

El Pastor. — ¿Yo?... No... la verdad, no sé ninguna.

Regina. — Si alguna vez sabe usted alguna, acuérdese de mí, pastor.

El Pastor. — (*Levantándose*). No temas, ya me acordaré...

Regina. — Sí, porque si yo...

El Pastor. — Hazme el favor de avisar á la señora.

Regina. — Enseguida. (*Sale por la izquierda*).

ESCENA III

El pastor MANDERS; luego ELENA. El pastor se pasea por la sala va á la vidriera y mira hacia el mar. Después vuelve al velador, coge un libro y hace un movimiento como extrañándose de que esté allí aquella obra. La suelta; toma otra y la deja también.

El Pastor. — ¡Hum!...

Elena. — (*Entra por la puerta de la izquierda seguida de Regina: ésta váse por la primera puerta de la derecha*). Bien venido, señor pastor. (*Le tiende la mano*).

El Pastor. — ¿Cómo está usted, señora? Aquí me tiene, como había prometido.

Elena. — Usted siempre tan puntual.

El Pastor. — Le aseguro á usted que trabajo me ha costado escaparme... Todas esas comisiones de Socorros... y Juntas de Beneficencia de que formo parte...

Elena. — Razón de más para agradecerle que haya venido tan temprano. Así podremos arreglar nues-

tros asuntos, antes de sentarnos á la mesa. Pero... ¿y su maleta de usted?

EL PASTOR. — Mi equipaje está en la posada. Paso allí la noche.

ELENA. — (*Sonriendo*). ¿De manera que no querrá usted pasar jamás ni una sola noche en mi casa?

EL PASTOR. — No... no, señora... mil gracias. Se lo agradezco mucho, pero prefiero quedarme allá, según mi costumbre. Es más cómodo para volver á tomar el vapor.

ELENA. — ¡En fin!... Como usted quiera... pero me parece que dos viejos como nosotros...

EL PASTOR — ¡Válgame Dios!... ¿Es posible que usted diga esto?... Bien es cierto que hoy todo lo verá usted alegre. Entre la fiesta de mañana y la llegada de Oswaldo.

ELENA. — ¡Es claro! Hacía más de dos años que no veía á mi hijo, y ahora me ha prometido pasar todo el invierno conmigo.

EL PASTOR. — ¿De veras? Pues es buena prueba de afecto filial; porque... la verdad, para un joven la vida de París y la de Roma deben de tener más atractivos que la de aquí.

ELENA. — Sí, pero aquí tiene á su madre. ¡Hijo de mi alma! ¡Siempre se ha acordado de mí!

EL PASTOR. — También sería triste cosa que la separación y sus ocupaciones de artista hubiesen de relajar lazos tan naturales.

ELENA. — Tiene usted razón. Pero con él no hay tal peligro. Tengo curiosidad de ver si usted lo reconoce. Dentro de poco bajará. Ahora está descansando en el sofá... Pero, siéntese usted, señor pastor.

EL PASTOR. — Gracias. ¿No estorbo?

ELENA. — Al contrario. (*Se sienta junto al velador*).

EL PASTOR.—Corriente. Pues voy á exponer á usted... (*Toma la bolsa de viaje de la silla en que la puso, se sienta al lado opuesto del velador y busca un sitio á propósito para extender los papeles*). En primer lugar, esto... (*Deteniéndose*). Dígame usted, ¿de dónde vienen estos libros?

ELENA. — Son libros que yo leo.

EL PASTOR. — ¿Y usted lee esta clase de obras?

ELENA. — ¡Sí, señor!

EL PASTOR. — ¿Y usted encuentra en ellas algo que la mejore, que le procure la paz de alma, que la haga á usted feliz?

ELENA. — Encuentro en su lectura algo que me hace estar más segura de mi misma.

EL PASTOR. — Es singular. ¿Y cómo es eso?

ELENA. — Le diré á usted: encuentro en estos libros una explicación y una confirmación de muchas cosas, que suelo pensar y rumiar en mis adentros. Porque, vea usted, lo asombroso es que en rigor no se encuentra nada absolutamente nuevo en estos libros; no hay en ellos más que lo que piensan y creen la mayoría de los hombres. Solamente que muchos no se dan cuenta de ello ó no se fijan, ó no quieren declararlo.

EL PASTOR. — (*Como escandalizado*). ¡Válgame Dios! ¿Y usted cree que la mayoría de los hombres...?

ELENA. — Sí, que lo creo.

EL PASTOR. — Pero esto, ¡no en nuestro pais! ¡No aquí, entre nosotros!

ELENA. — Lo mismo aquí que en todas partes.

EL PASTOR. — Bien... pero...

ELENA. — Pero, en resolución, ¿qué tiene usted que objetar á estos libros?

EL PASTOR. — Nada... ¿Usted se figura que yo empleo el tiempo en examinar libros de esta clase?

ELENA. — Lo cual quiere decir, que usted, condena lo que no conoce.

EL PASTOR. — He leido bastante de lo que se ha dicho de esos libros para censurarlos.

ELENA. — Bien, pero su opinión de usted...

EL PASTOR. — Querida señora, hay ocasiones en esta vida en que uno debe remitirse al juicio de los demás. ¡Qué quiere usted! es un hecho y es un bien. ¿Qué sería de la sociedad, si fuese de otro modo?

ELENA. — ¡Cierto! Puede que tenga usted razón.

EL PASTOR. — No niego que puedan tener algún atrac-

tivo esas obras. Y tampoco puedo censurar á usted porque quiera conocer las corrientes intelectuales que, según se dice, existen en esa sociedad... por donde ha dejado usted vagar á su hijo tanto tiempo. Pero...

ELENA. — Pero ¿qué?

EL PASTOR. — (*Bajando la voz*). Que no conviene hablar de ello, señora. No hay que dar cuenta á todos de lo que uno lee y piensa entre sus cuatro paredes.

ELENA. — No por cierto; soy de su mismo parecer.

EL PASTOR. — Bueno es que usted se acuerde, de las obligaciones que le impone ese asilo que decidió usted erigir en una época en que sus ideas sobre el mundo moral, diferían notablemente de las que profesa hoy... hasta donde ya puedo juzgar, por lo menos.

ELENA.—Sí, sí, conformes. Pero el asilo es cabalmente...

EL PASTOR.—Justo, es de lo que teníamos que hablar. Con que... ¡prudencia, querida señora! Y ahora pasemos al asunto. (*Abre una carpeta y saca papeles*). ¿Ve usted eso?

ELENA. — ¿Son los documentos?

EL PASTOR. — Completos y en regla. Ya puede usted figurarse que no habrá sido fácil obtenerlos. He tenido que usar de toda mi influencia, porque las autoridades, cuando se trata de tomar decisiones, bien puede decirse que son cruelmente concienzudas. Pero, en fin, aquí los tiene usted. (*Hojea el legajo*). Este es un inventario de la Hacienda de Solvik, que forma parte del dominio de Rosenvold, con indicación de los edificios recién construídos — escuela, habitación de los maestros y capilla. — Y aquí está la ratificación del legado y la aprobación de los Estatutos. ¿Quiere usted enterarse? (*Lee*). Estatutos del asilo. «A la memoria del capitán Alving».

ELENA. — (*Con la mirada fija en los papeles durante un rato*). ¡He aquí, pues!

EL PASTOR. — He elegido el título de capitán, mejor

que el de gentilhombre, porque es menos pretencioso.

ELENA.— Sí, sí, como á usted le parezca.

EL PASTOR.— Y aquí tiene usted un resguardo del Banco, donde consta el capital y los intereses, todo destinado á cubrir los gastos de construcción.

ELENA.— Gracias; pero hágame usted el favor de guardarlos para mayor comodidad.

EL PASTOR.— Con mucho gusto. Por el pronto, opino que dejemos el dinero en el Banco. El interés de la renta no es muy tentador: cuatro por ciento á seis meses. Dicho se está que, si más tarde supiésemos de una colocacion más ventajosa—debería ser, por supuesto, una primera hipoteca ó una inscripción perfectamente segura,—podríamos volver á hablar del asunto.

ELENA.—Sí, sí, mi querido pastor, ústed entiende más que yo de esas cosas.

EL PASTOR.—En todo caso, estaré á la mira. Pero hay un punto sobre el cual he querido preguntar á usted varias veces.

ELENA.— ¿Y es?...

EL PASTOR.— ¿Se asegura ó no se asegura el asilo?

ELENA.— Naturalmente, sí.

EL PASTOR.— Aguarde usted un poco. Miremos de cerca la cuestión.

ELENA.— En mi casa está asegurado todo: edificios, cosecha, ganado y mobiliario.

EL PASTOR.—Y se comprende: se trata de la hacienda propia. Yo hago lo mismo por mi parte. Pero aquí ya comprende usted que se trata de una cosa muy distinta. El asilo debe recibir en cierto modo una consagración para un objeto de orden superior.

ELENA.— Sí, pero eso no quita...

EL PASTOR.— Por mi cuenta, no veo ningún inconveniente en precavernos contra todas las eventualidades.

ELENA.— Es claro.

EL PASTOR.— Pero dígame usted: ¿en qué disposiciones está la comarca? ¿Qué piensan los habitantes? Usted lo sabe mejor que yo.

ELENA. — ¡Hum! las disposiciones...

EL PASTOR. — ¿Hay aquí un número importante de opiniones autorizadas—verdaderamente autorizadas—que pudieran llevar á mal nuestra decisión?

ELENA. — ¿Qué entiende usted por opiniones autorizadas?

EL PASTOR. — Me refiero á personas que ocupan una posición bastante independiente é influyente para que no se pueda desdeñar su manera de ver.

ELENA. — Si se trata de esas, hay cierto número que acaso se escandalizarían si...

EL PASTOR. — ¡Ve usted! Entre nosotros, en la ciudad, abundan. Piense usted en las ovejas de todos mis colegas. Muchos se inclinarán á creer que ni usted ni yo tenemos confianza en los decretos de la Providencia.

ELENA. — Pero, por lo que hace á usted, querido pastor bien sabe usted mismo...

EL PASTOR. — Sí, ya sé, ya sé; yo tengo mi alma en mi armario, no hay que decir. Pero no podríamos evitar comentarios malévolos y desfavorables. Y esos comentarios podrían acabar por entorpecer la misma obra.

ELENA. — Es verdad.

EL PASTOR. — Yo tampoco puedo perder de vista completamente la situación equívoca—me atreveré á decir difícil—en que podría encontrarme. Los círculos influyentes de la ciudad se ocupan mucho de esta fundación. El asilo, ¿no se erige en parte en beneficio de la ciudad? Hay que prometerse que aliviará en grande escala las cargas de la beneficencia pública. Pues bien: habiendo sido consejero de usted el encargado de toda la parte administrativa de la fundación, temo, lo confieso, ser el primer blanco de las envidias.

ELENA. — En efecto: no debe usted exponerse á ellas.

EL PASTOR. — Sin hablar de los ataques que de fijo dirigirán contra mi ciertos periódicos que...

ELENA. — Basta, mi querido pastor. Su primera consideración es suficiente.

El Pastor.—¿Opina usted, pues, que debemos pasarnos sin seguro?

Elena.— Sí, nos pasaremos sin él.

El Pastor.— (*Pensativo*). Pero suponiendo que ocurra un accidente—no se puede saber nunca—¿se encargaría usted de reparar el desastre?

Elena.— No: se lo digo á usted claramente; no lo haría.

El Pastor.— En ese caso, ¿sabe usted, señora..., que asumimos una responsabilidad muy grave?

Elena.— ¿Podemos hacer otra cosa?

El Pastor.— No, y en eso estriba precisamente la dificultad. En rigor nos es imposible eludirla: pero no podemos exponernos á juicios desfavorables, y no tenemos derecho para escandalizar á la opinión.

Elena.— Usted, sacerdote, no seguramente.

El Pastor.— Por otra parte, yo creo que en una fundación de esta índole hay que contar con una buena estrella, y aún diré más, con la protección especial de lo alto.

Elena.— Hay que esperarlo, mi querido pastor.

El Pastor.— ¿De modo que usted cree que debemos dejar las cosas como están?

Elena.— Evidentemente.

El Pastor.— Se hará lo que á usted le parece. (*Escribiendo*). Decimos, pues: sin asegurar.

Elena.— Lo que me asombra es que haya esperado usted hasta hoy para hablarme de eso.

El Pastor.— He pensado preguntar á usted muchas veces.

Elena.— Es que ayer estuvimos á punto de tener fuego allá abajo.

El Pastor.— ¿Qué me dice usted?

Elena.— Afortunadamente fué cosa sin importancia: unas virutas que ardieron en la carpintería.

El Pastor.— ¿Dónde trabaja Engstrand?

Elena.— Sí, según se dice, tiene poco cuidado á veces con las cerillas...

El Pastor.—Tiene tantas cosas en la cabeza ese hom-

bre! ¡Tantas tentaciones! A Dios gracias me dicen que ahora se esfuerza por llevar una vida intachable.

ELENA. — ¿Sí? ¿Y quién le ha dicho á usted eso?

EL PASTOR. — Me lo ha asegurado él mismo. Lo que es positivo es que es un buen obrero.

ELENA. — Sí, cuando no bebe.

EL PASTOR. — ¡Ah, esa pícara debilidad! Pero según él, casi siempre es por culpa de la pierna mala. La última vez que lo vi en la ciudad me impresionó. Fué á visitarme y á darme las gracias calurosamente por haberle procurado trabajo aquí, donde puede ver á Regina.

ELENA. — Pues no la ve mucho.

EL PASTOR. — Se equivoca usted, le habla todos los días. El mismo me lo ha asegurado.

ELENA. — Es posible.

EL PASTOR. — ¡Comprende tan bien la falta que le hace alguien que pueda contenerlo cuando llega la tentación! Lo que más interesa en Jacob Engstrand es que acude á usted en sus momentos de flaqueza para lamentarse y acusarse á si mismo. La última vez que estuvo á verme... oiga usted esto... me confesó que sería una felicidad para él tener á Regina á su lado.

ELENA.— (*Levantándose precipitadamente*). ¡A Regina!

EL PASTOR. — Usted no debería oponerse.

ELENA. — Pues, me opondría. Sobre que, además, Regina hace falta en el asilo.

EL PASTOR. — ¡Pero no olvide usted que Engstrand es su padre!

ELENA. — ¡Un padre como ese!... Lo conozco mejor que nadie. ¡No! ¡Jamás irá Regina á su lado con mi consentimiento!

EL PASTOR. — (*Levantándose*). No lo tome usted tan á pechos, señora. Le aseguro á usted que me causa pena verla prevenida contra Engstrand hasta ese punto. No parece sino que teme usted...

ELENA. — (*Más tranquila*). Poco importa. Yo he recogido á Regina en mi casa, y en mi casa debe

quedar. (*Escucha*). ¡Cht! mi querido pastor, ni una palabra de todo esto. (*Se anima su semblante*). ¿Oye usted? Oswaldo baja. Ahora no pensemos más que en él.

ESCENA IV

Dichos y OSWALDO que entra por la puerta de la izquierda con abrigo, sombrero en mano y fumando en una pipa grande de espuma de mar.

OSWALDO. — (*Parándose en la puerta*). ¡Oh! mil perdones; creía á todo el mundo en el despacho. (*Acercándose*). Buenos días, pastor Mánders.

EL PASTOR. — (*Contemplándolo con asombro*). ¡Oh! ¡Es asombroso!

ELENA. — Qué dice á esto el señor pastor.

EL PASTOR. — Digo... ¡No! Pero ¿es de veras?

ELENA. — Sí, es realmente el hijo pródigo.

EL PASTOR. — Pero, querido mío, amiguito...

OSWALDO. — El hijo recobrado, si le parece á usted mejor.

ELENA. — Oswaldo se acuerda de cuando usted se oponía tanto á que fuese pintor.

EL PASTOR. — Hay tantas decisiones, temerarias á los ojos humanos, y que después... (*Tendiéndole la mano*). En fin, bien venido. Crea usted, mi querido Oswaldo... ¿Puedo llamar á usted así familiarmente, verdad?

OSWALDO. — ¿Cómo quería usted llamarme?

EL PASTOR. — ¡Bien! Pues iba á decir, mi querido Oswaldo, que no vaya usted á figurarse que yo condeno de una manera absoluta la profesión de artista. Reconozco que en esa profesión como en todas, hay muchos cuya alma puede librarse de la corrupción.

OSWALDO. — Es de suponer.

ELENA. — (*Radiante de alegría*). Uno conozco yo que se ha librado en cuerpo y alma. Pastor, mírelo usted.

OSWALDO.— (*Paseando inquieto*). Bueno, bueno, querida madre, dejemos eso.

EL PASTOR.— Vamos, no hay que negarlo. Además empieza usted á crearse un nombre. Los periódicos han hablado de usted muchas veces con los mayores elogios... Y eso que en estos últimos tiempos ha habido un poco de silencio.

OSWALDO.— (*Se acerca á las flores*). Desde hace algún tiempo que no he podido trabajar con regularidad.

ELENA.— Un pintor tiene derecho al descanso, como cualquiera.

EL PASTOR.—Ya lo creo. Así se prepara uno y recoge sus fuerzas para alguna gran obra.

OSWALDO.—Eso es. Oye madre, ¿comeremos pronto?

ELENA.— Dentro de media horita. A Dios gracias, no le falta apetito.

EL PASTOR.— Ni la afición al tabaco.

OSWALDO.— Encontré arriba la pipa de mi padre, y...

EL PASTOR.— ¡Ah, ya caigo!

ELENA.— ¿Qué quiere usted decir?

EL PASTOR.—Cuando ví á Oswaldo en el umbral, con la pipa en la boca, creí ver resucitado á su padre.

OSWALDO.— ¿De veras?

ELENA.—¡Ah! ¿Cómo dice usted eso? Oswaldo no se parece más que á mí.

EL PASTOR.— Sí, pero en los extremos de la boca, en los labios, hay un no se qué, que recuerda las facciones de Alving...

ELENA.— Ni por asomo. A mi juicio, lo que tiene más bien la boca de Oswaldo es algo de sacerdotal-

EL PASTOR.— Sí, sí, es muy cierto; hay una particula. ridad semejante en algunos de mis colegas.

ELENA.— Pero deja la pipa, hijo, no quiero humo en esta habitación.

OSWALDO.—(*Obedeciendo*). Con mil amores. No quería más que probarla. Es que fumé en ella una vez siendo niño.

ELENA.— ¿Estás seguro?

OSWALDO.— Sí. Era muy chiquitín entonces. Recuer-

do que entré una noche en el cuarto de mi padre, y que él estaba tan alegre, tan animado...

ELENA. — ¡Oh! Tú no puedes acordarte de esa época.

OSWALDO. — ¡Vaya! Me acuerdo perfectamente. Me cogió, me puso encima de sus rodillas, me hizo fumar en la pipa. Fuma, hijo—me dijo;—fuma de firme. Y fumé todo lo que pude, hasta que empezó á correrme el sudor por la frente. ¡Entonces se echó á reir con tanta gana!

EL PASTOR. — Es extraño.

ELENA. — Amigo mio, es algún sueño que ha tenido Oswaldo.

OSWALDO. — No, madre; no es un sueño. La prueba —¿no te acuerdas?—es que entraste tú y me llevaste al cuarto de los niños; allí me sentí mal y ví que llorabas. Yo no sé si á mi padre le ocurrían á menudo esas bromas.

EL PASTOR.—Gastaba muy buen humor en su juventud.

OSWALDO. — Y, sin embargo, hizo tantas cosas en este mundo, tantas cosas buenas y útiles durante el poco tiempo que vivió.

EL PASTOR. — Es verdad. Usted ha heredado el nombre de un hombre digno y activo, mi querido Oswaldo. Confiamos que será un estímulo para usted.

OSWALDO. — Debiera serlo, en efecto.

EL PASTOR.—Por el pronto, ya es un buen precedente que empiece usted consagrando un día á su memoria.

OSWALDO. — ¿Qué menos?

ELENA. — Y yo que lo tendré tanto tiempo conmigo... Por eso es más bueno que por nada...

EL PASTOR. — Sí, me dicen que se quedará usted con nosotros todo el invierno.

OSWALDO. — Vengo por tiempo indeterminado, señor pastor. ¡Ah, qué cosa tan buena verse uno en su casa!

ELENA. — ¿Verdad que sí, hijo?

EL PASTOR. — (*Mirándolo con interés*). Bien joven era usted cuando empezó á correr el mundo, mi querido Oswaldo.

OSWALDO. — Sí, señor. A veces me pregunto si no era demasiado joven.

ELENA. — Nada de eso. Es una cosa que no puede hacer más que bien á un muchacho desenvuelto, y sobre todo á un hijo único. Lo malo es permanecer pegado á los padres, sin salir del hogar, y convertirse en un niño mimado.

EL PASTOR. — Ese es un problema difícil de resolver. Después de todo, el hogar paterno será siempre la verdadera patria del hijo.

OSWALDO. — En eso estoy pronto á aceptar la opinión del pastor.

EL PASTOR. — Vea usted, si no, su propio hijo. Sí, podemos hablar perfectamente de estas cosas en su presencia. ¿Cuál ha sido la consecuencia por lo que toca á él? Ahí lo tiene usted á los veintiséis ó veintisiete años sin haber tenido jamás ocasión de conocer la verdadera vida de familia.

OSWALDO. — Dispense usted, señor pastor... En ese punto padece usted un error completo.

EL PASTOR. — ¿Sí? Pues yo creía que usted no había frecuentado más que los círculos de artistas.

OSWALDO. — Exactísimo.

EL PASTOR.—Y especialmente los de los artistas jóvenes.

OSWALDO. — Como usted lo dice.

EL PASTOR. — Y yo creía que los más de ellos no tenían medios de crear una familia y de constituir un hogar.

OSWALDO. — Hay algunos que no pueden casarse, señor pastor.

EL PASTOR. — Pues eso es precisamente lo que digo.

OSWALDO. — Pero eso no impide que tengan un hogar, y lo tienen muchas veces... y un hogar muy decente y muy bien organizado. (*Elena escucha atentamente y hace signos de aprobación con la cabeza, pero sin decir nada*).

EL PASTOR. — No se trata de la casa de un soltero. Yo llamo un hogar, un hogar doméstico, aquel en que vive un hombre con su mujer y sus hijos.

OSWALDO. — Sí, con sus hijos y con la madre de sus hijos.

El Pastor. — (*Con un movimiento de sobresalto y juntando las manos*). Pero... ¡Misericordia!

Oswaldo. — ¿Qué?

El Pastor. — ¿Vivir con... la madre de los hijos?

Oswaldo. — Sí: ¿preferiría usted que se la abandonase?

El Pastor. — ¿De modo que de lo que usted habla es de relaciones ilegítimas, de falsos matrimonios?

Oswaldo. — Yo no he visto nunca nada de falso en esa comunidad de vida.

El Pastor. — Pero ¿cómo es posible que un hombre y una mujer que tengan... siquiera un poco de educación, se amolden á una existencia de este género á los ojos de todo el mundo?

Oswaldo. — ¡Eh! ¿Qué quiere usted que hagan? Un artista pobre, una joven pobre... Para casarse se necesita mucho dinero. ¿Qué quiere usted que hagan?

El Pastor. — ¿Qué quiero que hagan? Se lo diré á usted, señor Alving. Lo que deben hacer es alejarse uno del otro en un principio ¡eso!

Oswaldo. – El consejo no haría gran mella en jóvenes enamorados y apasionados.

Elena. — La verdad es que no serviría de mucho.

El Pastor. — (*Insistiendo*). ¡Y las autoridades que toleran tales cosas y dejan que se consumen á la luz del día...! (*Volviéndose hacia Elena*). ¿No tenía yo razón al preocuparme profundamente por su hijo?.... En círculos donde se ostenta descaradamente la inmoralidad, donde adquiere, por decirlo así, derecho de ciudadanía...

Oswaldo. — Le confesaré además, señor pastor, que yo visitaba con mucha frecuencia á una de esas familias irregulares, en cuya casa pasaba todos los domingos.

El Pastor. — ¡Los domingos encima!

Oswaldo. — ¡Pues claro! Es el día en que uno se distrae. Pero jamás he oido allí una palabra inconveniente, ni menos he sido testigo de ninguna cosa que pudiera tacharse de inmoral. No: ¿sabe

usted dónde y cuándo he tropezado con la inmoralidad en los círculos de artistas?

EL PASTOR. — ¡No, no lo sé, á Dios gracias!

OSWALDO. — Pues me voy á permitir decírselo: he tropezado con ella cuando algún marido y padre de familia modelo, de los de por acá, se ha dignado honrar con su visita los estudios de los artistas y sus humildes figones, para echar una cana al aire. ¡Entonces es cuando ha aprendido uno lo bueno! Esos caballeros nos iniciaban, contándonos casos y cosas en que jamás habíamos pensado.

EL PASTOR. — ¿Cómo? ¿Me dirá usted qué hombres honrados de este país irían...?

OSWALDO.—¿Ha oido usted alguna vez á esos hombres honrados de vuelta en su patria, discutir sobre la inmoralidad que reina en los paises extranjeros?

EL PASTOR. — Naturalmente.

ELENA. — Y yo también.

OSWALDO. — ¡Sí, sí! Se los puede creer por su palabra. Hay peritos entre ellos. (*Llevándose las manos á la cabeza*) ¡Pero, señor! ¡Es concebible que se pueda manchar así de lodo aquella hermosa, aquella soberbia, aquella libre existencia!

ELENA. — No te exaltes, Oswaldo, que eso no te hace bien.

OSWALDO.— No, madre, tienes razón; nada saco de eso ¿Ves? La maldita fatiga. Voy á dar una vueltecita antes de comer. Dispénseme, señor pastor, usted no puede colocarse en mi lugar, pero ha sido un arrebato del momento. (*Váse por la puerta de la derecha*).

ESCENA V

El pastor MÁNDERS y ELENA.

ELENA. — ¡Pobre hijo!...

EL PASTOR. — Sí. Celebro oírsele decir á usted. ¡Vea adónde ha venido á parar! (*Elena lo mira en silen-*

cio). Hijo pródigo, ha dicho. ¡Ay sí! ¡ay sí! (*Elena continua mirándolo*). Y usted, ¿qué dice á todo esto?

ELENA. — Digo que Oswaldo tiene razón en todo.

EL PASTOR. — (*Sobresaltado*). ¡Razón! ¿Razón en formular tales principios?

ELENA.—Aquí, á mis solas, he llegado á pensar como él, señor pastor. Pero no me he atrevido á tocar la cuestión muy de cerca. Y ahora... él lo ha hecho por mi.

EL PASTOR. — Es usted muy digna de compasión, señora. Oigame, vamos á hablar seriamente. En este instante no tiene usted delante de sí su agente de negocios, su consejero, su amigo de la juventud y el de su difunto marido; ahora el que está aquí es el sacerdote, que va á hablar á usted como lo haría en la hora del mayor extravío de su vida.

ELENA. — ¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

EL PASTOR. — Ante todo, señora, quiero refrescar sus recuerdos. El momento es oportuno: mañana es el décimo aniversario de la muerte de su marido. Mañana se descubrirá el monumento que ha de honrar su memoria. Mañana me dirigiré á toda la concurrencia; hoy quiero entenderme con usted sola.

ELENA. — Bien, señor pastor: hable usted.

EL PASTOR. — ¿Recuerda que al cabo de un año de matrimonio se encontró usted al borde del abismo, que desertó de su hogar... que abandonó á su esposo? Sí, señora; lo abandonó y se negó á volver, á pesar de sus instancias, á pesar de todas sus súplicas.

ELENA. — ¿Olvida usted lo desgraciada que fuí aquel primer año?

EL PASTOR. — Buscar la felicidad en esta vida es dar muestras de un espíritu de rebelión. ¿Qué derecho tenemos á la felicidad? No señora; lo que tenemos que hacer es cumplir nuestro deber, y el deber de usted era vivir al lado del hombre que había elegido y á quien le unía un lazo sagrado.

ELENA. — Bien sabe usted la vida que llevaba Alving en aquella época, y los desórdenes de que se hizo culpable.

EL PASTOR. — Sé perfectamente los rumores que circulaban sobre él, y lejos de mí la intención de aprobar su conducta durante la juventud hasta donde fuesen justificados esos rumores. Pero una mujer no está autorizada para erigirse en juez de su marido. Su deber de usted era soportar humildemente la cruz que la voluntad suprema estimó oportuno imponerle. En vez de eso, se sublevó, rechazó la cruz y abandonó al ser débil á quien tenía la misión de sostener. Desertó usted exponiendo su nombre y su reputación, y, por si algo faltaba, estuvo usted á punto de perder la reputación de los demás.

ELENA. — ¿De los demás? De uno querrá usted decir.

EL PASTOR. — ¿No fué cosa más que considerada venir á mi casa en busca de refugio?

ELENA.—¿A casa de nuestro pastor, de nuestro amigo?

EL PASTOR. — Precisamente por eso. Sí, bien puede usted agradecer á nuestro Señor el que yo tuviese la firmeza indispensable para apartarla de sus exaltados designios y restituirla á la vida del deber y á la casa de su legítimo esposo.

ELENA. — Sí, pastor, es verdad que eso fué obra de usted.

EL PASTOR. — Yo no fuí más que un humilde instrumento en manos del Altísimo. Y gracias á la ventura que me fué concedida de reducir á usted al deber y á la obediencia, ¡cuál no ha sido la bendición del resto de su vida! ¿No se han arreglado las cosas como yo le predije? ¿No se despidió Alving de todos los desórdenes de su existencia, como cuadra á un hombre? Y después, ¿no vivió siempre al lado de usted amoroso y al abrigo de toda censura? ¿No llegó á ser el bienhechor del pais, y no se elevó usted misma con él hasta hacerse poco á poco su colaboradora? ¡Y animosa colaboradora en verdad! ¡Oh! Todo eso lo sé, señora, y le debo en justicia

este elogio. Pero lleguemos á lo que ha sido después el gran error de su vida.

ELENA. — ¿Qué quiere usted decir?

EL PASTOR. — Así como un día renegó usted de sus deberes de esposa, renegó usted posteriormente de los de madre.

ELENA. — ¡Ah!...

EL PASTOR. — Siempre ha estado usted poseída de una ciega confianza en sí propia; siempre propicia á despreciar el yugo de toda ley; nunca ha querido soportar cadenas de ningún linaje. Cuanto estorbaba á usted en la vida lo ha rechazado sin sentimiento, sin vacilación, como una carga insoportable, no oyendo más dictados que los de su albedrío. Llegó á no convenirle á usted ser esposa, y se libró de su marido; le pareció molesto ser madre, y envió usted su hijo al extranjero.

ELENA. — Todo eso lo he hecho, es verdad.

EL PASTOR. — Así ha llegado usted á convertirse en una extraña para él.

ELENA. — No, no; se engaña usted en eso.

EL PASTOR. — No me engaño, y el hecho es natural. ¿Cómo vuelve Oswaldo á su patria? Reflexiónelo bien, señora. Fué usted culpable con su marido; usted misma lo reconoce, erigiendo ese monumento á su memoria. Reconozca usted también el mal que ha hecho á su hijo. Quizá aún es hora de restituirlo al camino derecho. Vuelva usted sobre sus pasos, y enmiende lo que confío que aún podrá enmendarse. (*Levantando el índice*). Porque—se lo digo sinceramente, señora—¡Usted es una madre culpable! He ahí lo que he creido de mi deber manifestarle. (*Pausa*).

ELENA. — (*Lentamente, dominándose*). Ha hablado usted, señor pastor, y mañana lo hará en público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo algo que comunicarle...

EL PASTOR. — Naturalmente: procurará usted disculpar su conducta.

ELENA. — No. Me limitaré á referirle ciertos hechos.

EL PASTOR. — Veamos.

ELENA. — En todo lo que acaba usted de decir á propósito de mi marido, de mi y de nuestra vida común, desde que consiguió usted atraerme, para emplear su lenguaje, á la via del deber, en todo eso no hay absolutamente nada que usted haya sabido por sí mismo, porque desde aquel momento, usted, que nos visitaba diariamente, no volvió á poner los pies en nuestra casa.

EL PASTOR. — Ustedes se marcharon de la ciudad inmediatamente después de esos sucesos.

ELENA. — Sí, y en vida de mi marido jamás vino usted á vernos aquí. Los asuntos del asilo son los que le han obligado á usted á visitarme.

EL PASTOR. — (*Con voz baja é insegura*). Elena... si es una reconvención, yo le suplico que reflexione...

ELENA. — En las consideraciones que debe usted á su estado, sí. Y además, yo era una mujer que había abandonado á mi marido. Nunca se está á bastante distancia de mujeres así.

EL PASTOR. — Querida... señora, hay en eso una exageración tan palmaria...

ELENA. — Sí, sí: dejemos eso á un lado. Todo lo que yo quería decir es que, al juzgar mi vida doméstica, usted no hace más que asociarse á la opinión corriente.

EL PASTOR. — Bien, sí. ¿Y qué?

ELENA. — Pero hoy, Mánders, hoy quiero decirle á usted la verdad. He jurado que la sabría usted sólo algún día.

EL PASTOR. — ¿Y qué verdad es esa?

ELENA. — Esa verdad es que mi marido ha muerto en medio de la disolución en que habia vivido siempre.

EL PASTOR. — (*Buscando el respaldo de una silla para apoyarse*). ¿Qué ha dicho usted?

ELENA. — Disolución tan profunda después de diecinueve años de matrimonio, como en vísperas de nuestra unión.

El Pastor. — ¡Y á esos extravíos de la juventud, á esas irregularidades, á esos desórdenes, si usted quiere, á eso llama usted disolución!

Elena. — Esa era la palabra que empleaba nuestro médico.

El Pastor. — Ahora ya no comprendo á usted.

Elena. — Sería inútil que me comprendiese.

El Pastor. — Se confunde mi cabeza. ¡De modo que todo el matrimonio de ustedes, esa vida común de tantos años con su esposo no era más que un velo tendido sobre el abismo!

Elena. — Ni más ni menos. Ahora ya lo sabe usted.

El Pastor. — Ha de pasar mucho, antes de que yo pueda explicarme todo eso. ¡No comprendo absolutamente nada! No puedo formarme una idea siquiera. Pero ¿cómo era posible...? ¿Cómo ha podido permanecer oculta tal cosa?

Elena. — Para que el secreto no trascendiese, tuve que sostener una lucha de todos los instantes. Después del nacimiento de Oswaldo pareció que había alguna mudanza, pero no duró mucho. Más adelante tuve que luchar doble, tuve que empeñar un combate mortal para que nadie sospechara qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Aparte de esto, usted recordará cómo sabía ganar los corazones Alving. Parecía imposible que nadie concibiese un mal pensamiento acerca de él, ya que se asemejaba á esos hombres contra cuya reputación todo es impotente. Pero al fin Mánders — es menester que lo sepa usted todo, — al fin cometió una abominación mayor que todas las demás.

El Pastor. — ¿Mayor que todo?

Elena. — Yo llevaba con paciencia las cosas, aunque sin ignorar nada de lo que pasaba fuera de casa; pero cuando el escándalo se instaló entre estas cuatro paredes...

El Pastor. — ¿Que dice usted? ¡Ah, Dios mio!

Elena. — Sí, aquí, bajo nuestro techo. Ahí (*Señalando la primera puerta de la derecha*) tuve la primera revelación. Un día que me acerqué á ese cuarto,

ví á la doncella entrar con agua para regar las flores.

EL PASTOR. — ¿Y bien?

ELENA. — Al poco rato entró también Alving. Le oí hablar muy tiernamente á esa muchacha. Después oí... (*Con una risa seca*). ¡Oh! aun resuenan en mi interior aquellas palabras desgarradoras y ridículas á la vez... oí á mi propia criada murmurar: «Déjeme usted, señor, haga el favor de soltarme».

EL PASTOR. — ¡Oh, una imperdonable ligereza! Pero una ligereza nada más, señora; créalo usted.

ELENA. — Lo que debía creer no tardé en saberlo. El gentilhombre logró sus fines con la muchacha, y el hecho, pastor, tuvo consecuencias.

EL PASTOR. — (*Petrificado*). ¡Todo en esta casa, en esta casa!

ELENA. — En esta casa he soportado yo muchas cosas. Para retenerlo aquí por las tardes y por las noches, tuve que ser su compañera de orgía allí arriba en su cuarto; tuve que sentarme á la mesa con él; tuve que beber en su compañía; tuve que escuchar sus demencias; tuve que luchar cuerpo á cuerpo para llevarlo á la cama.

EL PASTOR.—(*Conmovido*). ¿Y usted pudo sufrir todo eso?

ELENA. — Me acordaba de mi hijo, y por él lo sufría todo. Pero al saber aquel último ultrage, al ver á mi propia criada... juré que todo aquello acabaría. Recabé la autoridad en la casa, la autoridad sobre todo... sobre él mismo; porque como tenía ya un arma contra él, no se atrevía á moverse. Entonces fué cuando mandé á Oswaldo fuera de aquí. Cumplía en aquella fecha siete años, y empezaba á observar y á hacer las preguntas propias de los niños. Todo eso, Mánders, no podía tolerarlo yo. Me pareció que el niño debía envenenarse en aquella atmósfera de mancillas. Por eso lo saqué de aquí. Ahora comprenderá usted por qué no ha vuelto á pisar esta casa, mientras ha vivido su padre. Nadie sabe lo que me ha costado.

El Pastor. — En verdad ha tenido usted una dura experiencia de la vida.

Elena. — Jamás hubiese resistido, á no tener un deber que cumplir. ¡Ah, puedo decir que he trabajado! Todas esas ventajas—el aumento de las tierras, la mejora de la posesión,—todas esas obras útiles, cuya gloria recogió Alving, ¿cree usted que fué él quien las llevó á cabo? ¡El, que desde la mañana hasta la noche estaba tendido en el sofá, engolfado en la lectura de una antigua *Guía oficial!* No, necesito que sepa usted otra cosa; yo era la que le hacía moverse en sus horas de lucidez, y yo era la que debía llevar todo el peso, cuando se entregaba á sus excesos habituales ó quedaba sumido en un marasmo sin nombre.

El Pastor. — ¿Y á la memoria de un hombre así eleva usted un monumento?

Elena. — Vea usted lo que puede una mala conciencia.

El Pastor. — ¿Una mala...? ¿Qué quiere usted decir?

Elena. — Me ha parecido siempre que la verdad no podría menos de traslucirse, y que acabaría por ser conocida de todos. De ahí que ese asilo, esté destinado en cierto modo á acallar todos los rumores y á evitar todas las sospechas.

El Pastor. — Pues no ha ido usted descaminada, señora.

Elena. — Tenía otro móvil además. Yo no quería que Oswaldo, que mi hijo, heredase nada de su padre.

El Pastor. — De modo que con la herencia de Alving es con la que...

Elena. — Sí, las sumas que año tras año he consagrado á ese asilo forman — lo he calculado exactamente — el total de un haber por el cual se consideraba en su día al teniente Alving como un buen partido.

El Pastor. — Comprendo.

Elena. — Ese dinero fué el precio de compra. No quiero que pase á manos de Oswaldo. Mi hijo debe recibirlo todo de mí, todo.

ESCENA VI

Dichos y OSWALDO que entra por la segunda puerta de la derecha. Ha dejado en el vestíbulo el abrigo y el sombrero. Luego REGINA.

ELENA.—(*Yendo á su encuentro*).—¿Estás ya de vuelta, hijo mío?

OSWALDO.— Sí. ¿Qué va uno á hacer fuera, con esa eterna lluvia? Pero oigo decir que vamos á comer, ¡Santa palabra!

REGINA.— (*Saliendo del comedor con un paquete en la mano*). Un paquete para la señora. (*Lo entrega á Elena*).

ELENA.— (*Dirigiendo una mirada al pastor*). Probablemente las cantatas para la fiesta de mañana.

EL PASTOR.— Hum...

REGINA.— Y la señora está servida.

ELENA — Bien, enseguida vamos: No quiero más que... (*Empieza á abrir el paquete*).

REGINA.— (*A Oswaldo*). ¿El señorito desea Porto blanco ó tinto?

OSWALDO.— Los dos, Regina.

REGINA.—Bien... está muy bien. (*Entra en el comedor*).

OSWALDO.— Yo puedo ayudar á usted á destapar... (*La sigue al comedor, cuya puerta queda entornada*).

ESCENA VII

El Pastor MÁNDERS y ELENA.

ELENA.— (*Después de abrir el paquete*). Eso es: aquí están las cantatas, pastor.

EL PASTOR.— (*Juntando las manos*). ¿Cómo podré yo tener el espíritu bastante sereno para pronunciar mi discurso de mañana? ¡La verdad!

ELENA.— ¡Oh! Ya saldrá usted adelante.

EL PASTOR. — (*Bajando la voz para no ser oido en el comedor*). ¿Qué quiere usted? El caso es que no podemos despertar el escándalo.

ELENA.—(*Bajando la voz pero con firmeza*). No; pero... ese será el fin de esta larga y odiosa comedia. Desde pasado mañana obraré como si el difunto no hubiese vivido jamás en esta casa. No quedará aquí nadie más que mi hijo y su madre. (*En el comedor se oye caer una silla y rumor de palabras. La voz de Regina entre ahogado y estridente.*— «Pero Oswaldo, ¿estás loco? ¡Suéltame!»)

ELENA.—(*Retrocediendo espantada*). ¡Ah!... (*Dirije miradas extraviadas á la puerta entreabierta. Se oye toser y reir á Oswaldo y el ruido de destapar una botella*).

EL PASTOR.—(*Indignado*). Pero ¿qué significa?... ¿Qué es esto, señora?

ELENA. — (*Con voz ronca*). Espectros..., la reaparición de la pareja del invernadero.

EL PASTOR. — ¿Qué dice usted? ¿Regina...? ¿Acaso sería...?

ELENA. — Sí. Venga usted. ¡Ni una palabra! (*Toma el brazo del Pastor Mánders, y se dirigen al comedor con paso inseguro*).

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El cielo cubierto, como antes, de espesa niebla.

ESCENA PRIMERA

El Pastor MÁNDERS y ELENA.

ELENA. — (*Volviendo la cabeza hacia atrás*). ¿Vienes, Oswaldo?

OSWALDO. — (*Desde dentro*). No, gracias; voy á dar una vueltecita.

ELENA. — Bien pensado. Sal un instante antes de que empiece otra vez el aguacero. (*Cierra la puerta del comedor, y se dirige hacia la del vestíbulo y llama*). ¡Regina!

REGINA. — (*Desde dentro*). ¿Señora?

ELENA. — Véte al invernadero á echar una mano á las guirnaldas.

REGINA. — Sí, señora. (*Elena se cerciora de que ha salido Regina y cierra la puerta*).

EL PASTOR.—¿El no puede oir nada desde donde está, verdad?

ELENA. — Cerrada la puerta, no. Además, va á salir.

EL PASTOR. — Todavía estoy aturdido. No sé cómo he podido pasar un bocado.

ELENA. — (*Paseando agitadamente y tratando de do-*

minar su emoción). Ni yo tampoco; pero, ¿qué hacer?

El Pastor. — ¡Qué hacer, en efecto! No sé, por mi parte. Tengo tan poca experiencia en este género de cosas...

Elena. — Estoy absolutamente segura de que no hay nada todavía...

El Pastor. — ¡No! ¡El cielo nos libre! Pero no por eso dejan de ser familiaridades muy inconvenientes.

Elena.—Todo eso es un simple capricho de Oswaldo. Puede usted estar seguro.

El Pastor.—¡Oh! Yo, lo repito, soy poco competente en esta clase de cosas. Sin embargo, me parece...

Elena. — Ella tiene que salir de mi casa, y enseguida. Eso es claro como la luz.

El Pastor. — Naturalmente...

Elena. — Pero, ¿dónde ha de ir? Nosotros no podemos cargar con la responsabilidad de...

El Pastor. — Irá á casa de su padre.

Elena. — ¿A casa de quién, dice usted?

El Pastor. — A casa de su... Digo, no es verdad: Engstrand no es su... Pero, ¡por Dios, señora! ¿Como es posible? Vamos, estará usted equivocada.

Elena. — ¡Ay! No estoy equivocada. Juana tuvo que confesármelo, y Alving no pudo negar. No había, pues, más remedio que echar tierra sobre el asunto.

El Pastor. — Evidentemente, no había otro partido.

Elena. — La muchacha salió de casa inmediatamente, después de recibir una suma bastante respetable, como precio de su silencio. Con eso supo bandearse, una vez en la ciudad. Allí volvió á entenderse con el carpintero Engstrand, le dejó comprender el mucho dinero que tenía, y le urdió una historia sobre un extranjero que había entrado en el puerto con su yate el verano anterior. Y ahí tiene usted cómo se casó con Engstrand, de la noche á la mañana. ¡Eh! ¡Si usted mismo los casó!

El Pastor. — Pero, ¿cómo explicar?... Yo recuerdo muy bien la actitud de Engstrand cuando fué á verme para su matrimonio. Se presentó tan contrito

y se reconvenía con tanta amargura por la ligereza de que se habían hecho culpables su prometida y él...

ELENA. — Claro que tenía que echar la culpa sobre sí.

EL PASTOR — Pero todo aquel disimulo... ¡Y conmigo! No lo hubiera esperado de Jacobo Engstrand ¡Ah! Tendrá que darme cuenta de todo, y seriamente; yo se lo prometo. ¡Y encima una unión tan inmoral! ¡Por dinero! ¿A cuanto ascendió la cantidad de que podía disponer la muchacha?

ELENA. — A trescientos escudos.

EL PASTOR. — ¡Qué le parece á usted! ¡Casarse con una mujer perdida por trescientos miserables escudos!

ELENA. — ¿Y qué dice usted de mí, que me dejé casar con un hombre perdido?

EL PASTOR. — Pero ¡Dios me valga! ¿Qué está usted diciendo? ¡Un hombre perdido!

ELENA. — ¿Acaso cree usted que Alving fuese más puro cuando lo acompañé al altar, que Juana, cuando se casó con Engstrand?

EL PASTOR. — Los casos son tan diferentes...

ELENA. — No tanto. Lo único diferente son los precios: por una parte trescientos míseros escudos...; por la otra, una fortuna.

EL PASTOR. — ¡Vaya! ¿Cómo puede usted comparar dos cosas tan distintas? ¿No se aconsejó usted de sus allegados y no sondeó usted su propio corazón?

ELENA.—(*Sin mirarlo*). Yo creí que usted había comprendido por donde andaba extraviado en aquella época este corazón, como usted lo llama.

EL PASTOR. — (*Con austeridad*). Si lo hubiese comprendido, no hubiera visitado diariamente la casa de su marido de usted.

ELENA. — En fin, lo cierto es que yo no me habí consultado.

EL PASTOR. — Bien, pero de todos modos usted siguió las prescripciones al tomar el consejo de sus parientes más cercanos: de su madre y de sus dos tías.

ELENA. — Es verdad. Ellas tres fueron las que arreglaron el asunto, y no yo. ¡Estaban tan convencidas de que hubiese sido una locura rechazar ofrecimiento semejante! ¡Si mi madre pudiese levantar la cabeza y ver en lo que han venido á parar todos estos esplendores!

EL PASTOR. — Nadie puede responder del resultado. Lo seguro es que el matrimonio de usted se hizo estrictamente según el orden prescrito.

ELENA. — (*Desde la ventana*). ¡Ah, esa orden y esas prescripciones! ¡A veces me parece que son la causa de todas las desgracias de este mundo!

EL PASTOR. — Señora, ahora comete usted un pecado.

ELENA. — Es posible; pero todos esos lazos, todas esas consideraciones se me han hecho insoportables. No puedo... quiero desasirme, quiero la libertad.

EL PASTOR. — ¿Qué quiere usted decir?

ELENA. — (*Dando golpecitos en un cristal*). Yo no hubiera debido tender el velo sobre la vida de Alving. Pero no me atrevía á obrar de otro modo, hasta por consideraciones personales: ¡tan cobarde era!

EL PASTOR. — ¿Cobarde?

ELENA. — Si se hubiera sabido algo, hubiesen dicho: ¡Pobre hombre! es natural que claudique: un hombre cuya mujer huye.

EL PASTOR. — Y hasta cierto punto no hubiese faltado razón para hablar así.

ELENA — (*Mirándole á la cara*). Si yo hubiese sido como debía, hubiera llamado aparte á Oswaldo y le hubiera dicho: Escucha, hijo mío, tu padre era un hombre perdido...

EL PASTOR. — ¡Misericordia!

ELENA. — Le hubiese contado todo lo que he contado á usted, ni más ni menos.

EL PASTOR. — Acabaré por indignarme con usted, señora.

ELENA. — Sí, sí. (*Apartándose de la ventana*). Yo también me indigno de verme tan cobarde.

EL PASTOR. — ¿Y llama usted cobardía á cumplir sen-

cillamente con su deber? ¿Olvida que un hijo debe amor y respeto á sus padres?

ELENA.—Dejémonos de generalidades. Una pregunta: ¿Debe amar y respetar Oswaldo al gentilhombre Alving?

EL PASTOR.—¿No hay una voz de madre que le veda á usted destruir el ideal de su hijo?

ELENA.—Pero ¿y la verdad?

EL PASTOR.—Pero ¿y el ideal?

ELENA.—¡Oh! ¡el ideal, el ideal! ¡Con sólo que yo fuese un poco más animosa de lo que soy...!

EL PASTOR.—No tire usted piedras al ideal, señora, porque se venga cruelmente. Y puesto que se trata de Oswaldo, debo decirle que no es muy rico en ideales; pero hasta donde he podido ver, tiene uno: su padre.

ELENA.—En eso no se engaña usted.

EL PASTOR.—Y ese sentimiento usted misma lo ha despertado y alimentado con sus cartas.

ELENA.—Sí, era esclava del deber y de los miramientos, y he mentido á mi hijo durante años. ¡Oh! ¡qué cobarde, qué cobarde era!

EL PASTOR.—Ha implantado usted una ilusión saludable en el alma de su hijo, y á buen seguro que no es un bien de poco valor.

ELENA.—¡Hum! ¿Quién sabe si es un bien...? En cuanto á un enredo con Regina, no lo quiero. No es cosa de que por una ligereza vaya á causar la desgracia de esa pobre muchacha.

EL PASTOR.—¡No, gran Dios! Sería espantoso.

ELENA.—Si yo supiese que tenía intenciones serias, y que iba con ello su felicidad...

EL PASTOR.—¿El qué? No comprendo.

ELENA.—Pero no hay caso, porque Regina, desgraciadamente no se presta á ello.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir?

ELENA.—Si yo no fuese tan pusilánime, con gusto le diría: cásate con ella ó haced lo que os plazca; pero que no haya engaño.

EL PASTOR.—¡Cielo santo! Un matrimonio en esas

condiciones! ¡Una cosa tan espantosa... tan inaudita!

ELENA. — ¿Inaudita dice usted? Pastor Mánders, con la mano en el corazón, ¿no cree usted que en torno de nosotros, en el pais, hay más de una unión entre parientes tan cercanos?

EL PASTOR. — No la entiendo á usted.

ELENA. — ¡Vaya!

EL PASTOR. — Usted piensa en casos excepcionales en que... ¡ay! la vida de familia no siempre es desgraciadamente todo lo pura que debiera. Pero una cosa como esa á que hace usted alusión no se sabe jamás... al menos con certidumbre. Aquí, á la inversa, se daría el caso de que usted, una madre, quisiese que su...

ELENA. — Pero si yo no lo quiero ni remotamente. Por nada del mundo lo consentiría; es precisamente lo que digo.

EL PASTOR. — Porque es usted cobarde, según su expresión. De modo que, si no fuese usted cobarde... ¡Dios bondadoso! ¡Una unión tan repulsiva!

ELENA. — ¡Eh!, todos, me parece, descendemos de uniones de esa clase. ¿Y quién ha instituído tales cosas, pastor?

EL PASTOR. — Señora, yo no trato con usted de semejantes materias. Está usted lejos de hallarse en la disposición requerida; pero cuando se atreve usted á decir que es una cobardía de su parte el...

ELENA. — Escuche usted y sepa lo que quiero decir. Tengo miedo, porque hay en mi algo que me obsesiona, recuerdos terribles que me persiguen como espectros de que no puedo librarme.

EL PASTOR. — ¿Espectros?...

ELENA. — Sí, espectros. Cuando ví en ese sitio á Regina y á Oswaldo me pareció como si el pasado reviviese ante mí. Y no me falta nada para creer, pastor, que todos somos espectros. No es sólo que corra en nuestras venas la sangre de nuestros padres; es que llevamos también una especie de idea destruída, una especie de creencia muerta con todo

lo que se asocia á ella. Nada de eso vive: pero, á pesar de todo, no deja de estar allá en el fondo de nosotros mismos, sin que jamás logremos desecharlo. ¿Cojo un periódico y me pongo á leer? Pues veo surgir fantasmas entre las letras. Se me figura que el pais está poblado de espectros, que hay tantos como granos de arena en el mar. Y, por remate, ¡todos, mientras existimos, tenemos un miedo tan miserable á la luz!

EL PASTOR. — He aquí, pues, el fruto de sus lecturas. ¡Bello fruto en verdad! ¡Ah! ¡Esos abominables libros, esos escritos revolucionarios de los librepensadores!

ELENA. — Se equivoca, mi querido pastor. Quien me indujo á reflexionar fué usted mismo, y le debo las gracias.

EL PASTOR. — ¿Yo?

ELENA.— Sí. Cuando usted me redujo á lo que llamaba el deber, cuando me alabó como justo y equitativo aquello contra lo cual se sublevaba horrorizado todo mi ser, empecé á examinar la trama de sus enseñanzas. Yo no quería tocar más que un solo punto; pero suelto ese, se desharía todo. Entonces ví que las costuras de usted estaban hechas á máquina.

EL PASTOR. — (*Pausadamente, con emoción*). ¿Sería éste el premio de lo que fué el más duro combate de mi vida?

ELENA. — Diga usted, la más sensible de sus derrotas.

EL PASTOR.—Fué la mayor victoria de mi vida, Elena: un triunfo sobre mi mismo.

ELENA. — Un crimen contra nosotros dos.

EL PASTOR. — ¿Qué? Un día va usted á mi casa, completamente extraviada, gritando: «Aquí me tienes, tómame»; entonces yo le suplico, yo le digo: «Mujer, vuelva al lado de quien es su esposo ante las leyes». ¿Y á eso llama usted un crimen?

ELENA. — En mi opinión, sí.

EL PASTOR. — Usted y yo no nos comprenderemos nunca.

ELENA. — En todo caso, no nos comprendemos ya.

EL PASTOR. — Jamás... jamás he considerado á usted en mis pensamientos más secretos sino como la mujer de otro.

ELENA. — ¿Está usted seguro?

EL PASTOR. — ¡Elena!

ELENA. — ¡Se olvida uno tan fácilmente!...

EL PASTOR. — No tanto. Por mi parte soy el mismo de siempre.

ELENA. — (*Cambiando de tono*). Bien, bien; no hablemos más del pasado. Ahora anda usted metido hasta el cuello en juntas y direcciones, y yo estoy aquí luchando contra espectros dentro y fuera.

EL PASTOR. — En cuanto los de fuera, podré ayudar á usted á librarse de ellos. Después de todo lo que he sabido hoy con espanto, no puedo en conciencia asumir la responsabilidad de dejar en su casa á una muchacha inexperta.

ELENA. — ¿No cree usted que lo mejor sería procurarle alguna posición... quiero decir... algún buen partido?

EL PASTOR. — Sin ninguna duda. Opino que sería de desear en todos sentidos. Regina ha llegado á la edad que... ¡Dios mío! Yo no entiendo de esas cosas, pero...

ELENA. — Regina se ha desarrollado pronto.

EL PASTOR. — ¡Es verdad! Por lo que toca á desarrollo corporal, creo acordarme de que estaba ya muy adelantada cuando yo la preparaba para la confirmación. Pero desde luego, es preciso que vuelva á su casa. Bajo la mirada de su padre... ¡Digo, no! Engstrand no es... ¡Ah! ¡Que haya podido él, él, ocultarme así, la verdad! (*Llaman á la puerta del vestíbulo*).

ELENA. — ¿Quién podrá ser? Adelante.

ESCENA II

Dichos y ENGSTRAND en traje de domingo.

ENGSTRAND. —Ustedes dispensen, pero...

EL PASTOR. —¡Ah, ah! ¡Hum!...

ELENA. —¿Es usted Engstrand?

ENGSTRAND. — No estaban ahí las muchachas, y he tenido que tomarme la libertad excesiva de llamar á la puerta.

ELENA. — Bien, bien. Entre. ¿Tiene usted algo que decirme?

ENGSTRAND.— (*Entrando*). No, señora, mil gracias. A quien quería hablar una palabrita es al señor Pastor.

EL PASTOR.—(*Paseándose*). ¿A mí? ¿Es á mí á quien quiere usted hablar? ¿A mí, no es verdad?

ENGSTRAND. — Sí, señor; yo querría...

EL PASTOR. — (*Parándose delante de él*). ¡Bueno! ¿Y puedo saber de qué se trata?

ENGSTRAND. — Pues verá usted, señor pastor; es la hora de la paga allá... (*A Elena*). Mil gracias señora... Ya está todo preparado, y á mí me ha parecido conveniente que los que hemos estado trabajando en tan buena armonía durante todo ese tiempo... me ha parecido que haríamos bien en terminar con una reunión piadosa.

EL PASTOR. — ¿Una reunión allá en el asilo?

ENGSTRAND. — Sí... á no ser que el señor pastor no le parezca conveniente, porque entonces...

EL PASTOR.—Claro que me parece conveniente, pero... ¡Jem!...

ENGSTRAND. — Yo mismo solía arreglar reunioncitas por la noche...

ELENA. — ¿Sí?

ENGSTRAND. — Sí, de vez en cuando, algún ejercicio de piedad, pero yo no soy más que un pobre hombre humilde y rudo, y no tengo las dotes necesarias... ¡Dios me ayude! Así que, como el señor pastor estaba aquí, pensé que...

El Pastor. — Bien, pero yo tengo que hacerle antes una pregunta, señor Engstrand. ¿Está usted en las disposiciones requeridas para tal reunión? ¿Tiene usted libre y limpia la conciencia?

Engstrand. — ¡Oh! Dios nos perdone, no vale la pena de que uno hable de su conciencia, señor pastor.

El Pastor. — Al contrario, se trata de ella cabalmente. Veamos: ¿qué tiene usted que responder?

Engstrand. — ¡Eh! La conciencia puede encontrarse á veces en falta.

El Pastor. —Vamos, al menos conviene usted en ello. Ea, ¿quiere usted decirme aquí francamente, qué historia es esa de Regina?

Elena. —(*Con viveza*). ¡Pastor Mánders!

El Pastor. —(*Haciendo un ademán para calmarla*). Déjeme hacer...

Engstrand.—¿Regina?... ¡Señor! ¡Me da usted miedo! (*Mira á Elena*). ¿Supongo que no le habrá ocurrido ninguna desgracia á Regina?

El Pastor.—Es de esperar. Pero de lo que yo hablo es de su situación de usted con respecto á Regina. A usted lo tienen por padre suyo; ¿no es esto? Bien, pues diga...

Engstrand. — (*Vacilando*). ¡Jem! El señor pastor sabe muy bien lo ocurrido conmigo y con mi difunta Juana...

El Pastor. — Es inútil atenuar la verdad. Juana se lo reveló todo á la señora antes de dejar su servicio.

Engstrand. — ¡Oh! ¡que se lo...! ¿Esas tenemos? Pero ¿hizo eso de veras?...

El Pastor. — ¡Ea! Ya está usted desenmascarado, Engstrand.

Engstrand. — ..¡Y ella que había jurado por la salvación de su alma...!

El Pastor.—¡Por la salvación de su alma!

Engstrand.—No, no había jurado simplemente, sino con todo su corazón.

El Pastor. — ¡De manera que usted me ha ocultado la verdad durante tantos años! Me la ha ocultado

usted á mí que le demostraba una confianza tan inquebrantable en todo y siempre!

ENGSTRAND. — ¡Ay! Sí, lo he hecho.

EL PASTOR.—¿He merecido yo que usted me engañase Engstrand? ¿No me ha encontrado usted siempre propicio á ayudarle con mis consejos y con actos hasta donde dependía de mí? Responda, ¿es cierto? ¿si ó no?

ENGSTRAND.— Efectivamente, más de una vez me hubiera costado trabajo salir de apuros, á no ser por el pastor Mánders.

EL PASTOR. — Y usted me lo recompensa así. Me ha hecho usted sentar falsas inscripciones en los registros de la parroquia, y durante toda una serie de años no me ha dado usted ninguna de las explicaciones que me debía, que debía á la verdad. ¡Engstrand su conducta de usted no tiene perdón, y desde ahora todo ha acabado entre nosotros.

ENGSTRAND. — (*Suspirando*). Es verdad; bien lo veo.

EL PASTOR.— Sí, porque ¿cómo podría usted justificarse?

ENGSTRAND. — Pero ¿cómo ha podido ella confesar su vergüenza? Vamos, señor pastor, supóngase usted que está en el caso de mi difunta Juana...

EL PASTOR. — ¡Yo!

ENGSTRAND. — Señor, no es más que un suponer. Yo quiero decir, pongo por caso, que el señor pastor tuviese alguna cosa vergonzosa que ocultar á los ojos del mundo como se dice. Nosotros los hombres no debemos apresurarnos á condenar á una pobre mujer, señor pastor.

EL PASTOR. — No es á su mujer de usted á quien acuso sino á usted.

ENGSTRAND. — ¿Si yo pudiese hacer una preguntita al señor Pastor?

EL PASTOR. — Vamos, hágala.

ENGSTRAND.—¿Un hombre no tiene el deber de levantar á toda criatura que cae?

EL PASTOR. — Evidentemente.

ENGSTRAND. — ¿Y un hombre no está obligado á cumplir su palabra?

EL PASTOR. — También; pero...

ENGSTRAND. — Después de su desgracia por causa de aquel inglés... americano ó ruso... Juana vino á la ciudad. La pobre muchacha me había rechazado varias veces, porque ella no tenía ojos más que para lo bonito, y yo me encontraba con este defecto de la pierna. Ya, ya se acuerda el señor pastor del accidente. Un dia fuí á caer en un baile donde andaban de bullanga unos marineros en medio del delirio de la embriaguez, como se dice. Y queriendo convencerlos para que abrazasen una nueva vida...

ELENA. — (*En la ventana*). Hum...

EL PASTOR. — Estoy al cabo, Engstrand: aquellos hombres groseros le tiraron por la escalera. Me lo ha contado usted. Su achaque le honra.

ENGSTRAND.—No es que me envanezca, señor Pastor. Queria decirle que por entonces vino Juana á confiarse á mí con lágrimas en los ojos y rechinando los dientes. Puede creerme, señor pastor: me desgarraba el alma oir sus lamentos.

EL PASTOR. — ¿De veras, Engstrand? Continúe usted.

ENGSTRAND. — Entonces le dije: el americano navega por esos mares, y tú, Juana, has cometido un pecado y te has perdido. Pero aqui está Jacobo Engstrand, le dije luego; aquí está firme sobre sus pies. No era más que una figura, vamos al decir, señor Pastor.

EL PASTOR. — Comprendo muy bien. Siga.

ENGSTRAND. — ¡Pues bueno! Yo la levanté y me casé con ella á la faz de todo el mundo para que no se supiese su desliz con un extraño.

EL PASTOR. — En todo eso obró usted dignamente. Pero lo que yo no puedo aprobar es que se rebajase usted á admitir dinero.

ENGSTRAND. — ¡Dinero! ¿Yo? Ni un céntimo.

EL PASTOR. — (*Interrogando con la mirada á Elena*). ¡Pero!...

ENGSTRAND. — ¡Ah, sí!... Aguarde usted un poco; recuerdo que Juana tenía algo, es verdad. Pero yo

no quise jamás oir hablar de tal cosa. ¡Quita allá!, dije; eso es el precio del pecado. Este oro miserable — ó esos billetes de banco... lo que sea... no sé — vamos á tirárselo á la cara al americano: así dije yo. Pero el hombre se había marchado, había desaparecido al través de los mares, y de las tempestades, señor pastor.

EL PASTOR. — ¿Hizo eso el bueno de Engstrand?

ENGSTRAND. — Ya lo creo. Entonces Juana y yo convinimos en que ese dinero debía servir para criar á la niña; y así ha sido, y yo puedo rendir cuentas hasta de la moneda más insignificante.

EL PASTOR. — Lo cual varía mucho la cuestión.

ENGSTRAND. — Eso es lo que ha pasado, señor pastor; y, bien puedo decirlo, yo he sido un verdadero padre para Regina en la medida de mis fuerzas, porque no soy por desgracia más que un pobre lisiado.

EL PASTOR. — Vamos, vamos, Engstrand.

ENGSTRAND.—Pero que conste, señor: yo he educado á la niña, he vivido en espíritu de amor con mi difunta Juana, y he ejercido la autoridad en la casa, como está escrito. Y jamás me pasó por la cabeza ir á buscar al pastor Mánders para alabarme y hacer gala de haber cumplido en su día una buena acción. No; cuando a Jacobo Engstrand le pasa eso, calla y se lo guarda para sí. Desgraciadamente, eso no ocurre á menudo, como usted comprende, y cuando estoy con el pastor Mánders, no me faltan extravíos y flaquezas de que hablarle. Porque, repito lo que decía hace poco: la conciencia puede encontrarse en falta de vez en cuando.

EL PASTOR. — Deme la mano, Jacobo.

ENGSTRAND. — ¡Jesús mío! Señor Pastor...

EL PASTOR. — No ande con niñerías. (*Le estrecha la mano*). ¡Así!

ENGSTRAND. — ¿Y si yo pidiese ahora perdón al señor Pastor?...

EL PASTOR. — ¿Usted? Yo soy, al contrario, el que debo disculparme.

ENGSTRAND. — ¡Ah, eso jamás!

EL PASTOR. — Sí, y lo hago de todo corazón. Perdoneme mi sospecha; y si yo pudiese demostrarle de algún modo mi absoluta confianza y mi buena voluntad...

ENGSTRAND. — ¿Haría usted tal cosa, señor Pastor?

EL PASTOR. — Con el mayor placer.

ENGSTRAND. — Es que... en este mismo momento tendría usted la ocasión de hacerlo. Con el dinero que ahorré quiero fundar en la ciudad un albergue para los marinos.

ELENA. — ¡Oiga!

ENGSTRAND. — Vendría á ser como quien dice una especie de asilo. El hombre de mar está expuesto á todas las tentaciones cuando viene á tierra. Pero en mi albergue, en la casa de que le hablo, estaría como bajo las miradas de un padre. Ese es mi proyecto.

EL PASTOR. — ¿Qué le parece la idea, señora?

ENGSTRAND. — No dispongo de mucho, pero si encontrase una mano bienhechora...

EL PASTOR. — Corriente, corriente. Habrá que pensar en todo eso. Su designio de usted me halaga extraordinariamente. Ahora váyase á sus cosas, y que enciendan para que todo tenga su airecito de fiesta; después nos ocuparemos de nuestra reunión edificante, mi querido Engstrand, puesto que ya le creo á usted en buenas disposiciones.

ENGSTRAND. — Eso me parece á mi también. Vaya, pues, con Dios, señora, y gracias por sus favores; guárdeme usted bien á Regina (*Se limpia una lágrima*), la hija de mi difunta Juana... Es singular... pero no parece sino que ha echado raíces en mi corazón. ¡Ah, es la pura verdad! (*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*

ESCENA III

El pastor MÁNDERS y ELENA.

EL PASTOR. — ¿Eh? ¿ Qué le parece á usted de ese hombre, señora? La explicación que nos ha dado se aparta un poco de la de usted...

ELENA. — En efecto.

EL PASTOR. — Ya ve usted cuanto hay que mirarse antes de pronunciar juicios sobre el prójimo. Pero en cambio, ¡que alegría cuando uno reconoce su error! ¿No lo cree usted así?

ELENA. — Lo que creo, Mánders, es que usted es y será siempre un niño.

EL PASTOR. — ¿Yo?

ELENA. — (*Poniendo las dos manos sobre los hombros del pastor*). Y añado que me entran grandes ganas de echarle á usted los brazos al cuello.

EL PASTOR. — (*Retrociendo apresuradamente*). ¡No, no Dios bendito!... ¡Semejantes deseos...!

ELENA. — (*Sonriendo*). ¡Vamos, no tenga usted miedo de mi!

EL PASTOR.—(*Después de acercarse al velador*). Tiene usted á veces una manera de expresarse tan vehemente... Guardo los documentos en mi cartera. (*Lo hace*) Bien: hasta luego. No aparte los ojos de Oswaldo cuando venga. Yo volveré dentro de poco. (*Coge el sombrero* y *vase por la puerta del vestíbulo*).

ESCENA IV

ELENA. Luego OSWALDO.

ELENA. —(*Exhala un suspiro; dirige una mirada por la ventana; arregla un poco el cuarto y se dispone á entrar en el comedor; pero se detiene estupefacta en el umbral y profiere una exclamación sorda*) ¡Oswaldo! ¡Todavía estás en la mesa!

OSWALDO. — (*Desde el comedor*). No quería mas que acabar el cigarro.

ELENA. — Creí que habías salido á pasearte un rato.

OSWALDO. — (*Desde dentro*). ¡Con este tiempo! (*Se oye ruido de vasos. Elena deja abierta la puerta y se sienta en el sofá, cerca de la ventana, con el bordado en la mano*) ¿No es el pastor Mánders el que acaba de salir?

ELENA. — Sí, va al asilo.

OSWALDO. — ¡Jem! (*Se oye el choque de un vaso y una botella*).

ELENA. — (*Mirando intranquila*). Querido Oswaldo, conviene que tengas cuidado con ese licor porque es fuerte.

OSWALDO. — Es bueno contra la humedad.

ELENA. — ¿No prefieres venir aquí conmigo?

OSWALDO. — No podría fumar.

ELENA. — Ya sabes que puedes fumar un cigarro.

OSWALDO. — Bueno, bueno, ya voy. Nada más que otra gotita... ¡Ea! concluido. (*Entra con el cigarro en la boca y cierra la puerta. Una pausa breve*). ¿Dónde ha ido el pastor?

ELENA. — Acabo de decirte que ha ido al asilo.

OSWALDO. — Justo.

ELENA.—No debías quedarte en la mesa tanto tiempo, Oswaldo.

OSWALDO. — (*Llevándose á la espalda la mano en que tiene el cigarro*). Pero si eso es una delicia, madre. (*La acaricia y le da golpecitos*). Figúrate: acabado de regresar, verme sentado á la limpia mesa de mi madrecita, en la casa de mi madrecita, y saborear la excelente cocina de mi madrecita...

ELENA. — ¡Hijo de mi alma!

OSWALDO. — (*Se levanta, pasea y fuma con alguna impaciencia*). ¿Y qué hacer aquí sin eso? No puedo ponerme á trabajar.

ELENA. — ¿No? ¿No podrías?

OSWALDO. — ¿Tan obscuro como está? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (*Paseando agitadamente*) ¡Oh! ¡Qué suplicio no poder trabajar!...

ELENA. — ¿Te habrás precipitado un poco al volver aquí?

OSWALDO. — No, madre, era preciso.

ELENA. — Es que mejor querría cien veces seguir privada de la felicidad de tenerte conmigo que verte...

OSWALDO. — (*Parándose delante de la mesa*). Pero... dime, madre, ¿de veras es tan gran felicidad para tí tenerme á tu lado?

ELENA. — ¡Sí es una felicidad!

OSWALDO.—(*Estrujando un periódico*). Me parece que te debería ser indiferente hasta cierto punto el que yo existiese ó no.

ELENA. — ¿Y tienes alma para decir eso á tú madre, Oswaldo?

OSWALDO. — Pues tú has podido vivir sin mí hasta ahora perfectamente.

ELENA. — Sí, he podido vivir sin tí, es cierto... (*Pausa. Obscurece poco á poco. Oswaldo pasea precipitadamente. Deja el cigarro*).

OSWALDO. — (*Deteniéndose delante de Elena*). Madre, ¿puedo sentarme en el sofá junto á tí?

ELENA.—(*Haciéndole sitio*). Sí, ven, ven, querido mío.

OSWALDO. — (*Sentándose*). Ahora tengo que decirte una cosa, madre.

ELENA. — (*Prestando atención*). ¿Qué?

OSWALDO. — (*Mirando fijamente enfrente de sí*). No puedo tenerlo más tiempo sobre mi corazón.

ELENA. — ¿Tener el qué? ¿Qué hay?

OSWALDO. — (*Mirando en frente, como antes*). No he podido resolverme á escribirte sobre el particular, y desde mi regreso...

ELENA. — (*Cogiéndole del brazo*). ¡Pero qué es, Oswaldo!

OSWALDO. — Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos... deshecharlos. Inútil.

ELENA. — (*Levantándose bruscamente*). Oswaldo, vas á decírmelo todo.

OSWALDO. — (*Obligándola á sentarse de nuevo*). Quédate aquí. Probaré. Me he quejado de una fatiga causada por el viaje...

ELENA. — Bien... ¿y...?

OSWALDO. — Y no es eso, ó, mejor, no es una fatiga ordinaria...

ELENA. — (*Intentando levantarse otra vez*). ¿Pero no estarás enfermo Oswaldo?

OSWALDO. — (*Obligándola á sentarse de nuevo*). No te muevas, madre... Oye con calma. Lo que yo tengo no es una enfermedad, lo que se llama generalmente una enfermedad. (*Cruzando las manos sobre la cabeza*) ¡Madre! ¡Yo estoy quebrantado de espíritu, soy hombre perdido!... ¡Jamás podré trabajar! (*Oculta el rostro entre las manos y cae á los pies de su madre sollozando*).

ELENA. — (*Pálida y temblorosa*). ¡Oswaldo! ¡Mírame! ¡No, no, nada de eso es verdad!

OSWALDO. — (*Mirándola con desesperación*). ¡No trabajar jamás! ¡jamás! ¡jamás! ¡Ser un muerto en vida! Madre, ¿puedes figurarte tú ese horror?

ELENA. — ¡Pobre hijo mio! Pero ¿de que viene ese horror? ¿Cómo ha llegado á dominarte?

OSWALDO. — ¡Ah! Es precisamente lo que no me explico. Yo no he llevado jamás una vida borrascosa en ningún sentido; puedes creerme, madre. Soy sincero.

ELENA.— Pero si no lo dudo, Oswaldo.

OSWALDO. — El caso es que me encuentro así... ¡Una desgracia tan terrible!

ELENA. — ¡Oh! todo eso se disipará, hijo de mi alma. No es más que un exceso de trabajo; créelo.

OSWALDO. — (*Sordamente*). Eso me figuraba también al principio; pero es otra cosa.

ELENA. — Cuéntamelo todo, punto por punto.

OSWALDO. — Es lo que me propongo.

ELENA. — ¿Cuándo notaste eso por primera vez?

OSWALDO. — Desde que llegué á Paris, después de mi última estancia acá. Empecé por sentir unos dolores de cabeza violentísimos, especialmente en el occipucio; parecía como si me hubiesen metido el cráneo en un anillo de hierro desde la nuca hasta la coronilla.

ELENA. — ¿Y qué más?

OSWALDO. — Creía que era el dolor de cabeza que me hizo sufrir tanto en la época del crecimiento.

ELENA. — Sí, sí.

OSWALDO. — Pero no era eso. No tardé en convencerme. Me fué imposible trabajar. Quise empezar un gran cuadro, y me encontré sin facultades. Todas mis fuerzas estaban como paralizadas; no podía concentrarme y llegar á ver imágenes fijas. Todo giraba en torno mío, como si hubiese estado poseído de vértigo. ¡Fué una situación terrible! Al fin mandé llamar al médico y por él lo supe todo.

ELENA. — ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. — Era uno de los grandes médicos de allá. Tuve que especificarle lo que sentía, y él me hizo una porción de preguntas que, á mi juicio, no tenían nada que ver con mi estado; yo no adivinaba á donde quería ir á parar.

ELENA. — Sigue.

OSWALDO. — Acabó por decirme: usted tiene algo gastado desde su nacimiento.

ELENA. — (*Escuchando con atención concentrada*). ¿Qué quería decir?

OSWALDO. — Es cabalmente lo que yo no comprendía; así que le rogué que se explicase con más claridad. Entonces dijo el cínico del viejo... (*Cerrando el puño*). ¡Oh!

ELENA. — ¿Dijo?

OSWLADO.—Los hijos pagan los pecados de los padres.

ELENA. — (*Levantándose lentamente*). ¡Los pecados de los padres!...

OSWALDO. — Ganas me daban de abofetearlo.

ELENA. — (*Atravesando la escena*). Los pecados de los padres...

OSWALDO. — (*Con forzada sonrisa*). Sí. ¿Qué te parece? Naturalmente, yo le aseguré que, por lo que hace á mí, no había que pensar en tal cosa. ¿Crees que se desdijo? Nada de eso, sostuvo su afirmación; y hasta que cogí tus cartas y le traduje los pasajes referentes á mi padre...

ELENA. — ¿Qué?

OSWALDO. — Que entonces no tuvo más remedio que confesar que erraba de camino. ¡Y de ese modo supe la verdad, la incomprensible verdad! Esa desdichada existencia de joven, esos tratos alegres... hubiese debido abstenerme de tales cosas. Había abusado de mis fuerzas!... ¡De manera que por mi propia culpa!...

ELENA. — ¡No, Oswaldo! ¡No lo creas!

OSWALDO. — No había otra explicación posible, según dijo. He ahí lo más afrentoso. ¡Perdido irreparablemente para toda la vida por mi propio aturdimiento! Todo lo que hubiese podido hacer en este mundo... ¡Ni intentar pensarlo, ni intentar soñarlo siquiera! ¡Oh! ¡Que no pueda yo revivir! ¡Que no pueda yo hacer que todo eso no hubiese pasado! (*Se deja caer de cara al sofá. Elena se retuerce las manos y recorre la escena en una lucha muda consigo misma. Oswaldo, después de un instante, levantándose á medias y permaneciendo de codos, continua*): ¡Todavía si fuese una herencia, una cosa contra la cual hubiese sido yo impotente!... ¡Pero así! ¡Disipar uno con tal ligereza, de una manera tan necia y vergonzosa su propia felicidad, su propia salud, todo... el porvenir, la vida...!

ELENA. — ¡No, no, querido hijo; es imposible! (*Se inclina hacía él*). El caso no es tan desesperado como tú crees.

OSWALDO. — ¡Ah! Tú no sabes... (*Levantándose de una sacudida*). Y toda esta pena, madre, toda esta pena que te causo. Más de una vez he deseado que en el fondo te preocupases menos de mí, y casi lo he supuesto.

ELENA. — ¡Yo, Oswaldo! ¡Mi único hijo! Lo más precioso qne tengo en el mundo, mi única preocupación.

OSWALDO. — (*Cogiendo las manos de su madre y cubriéndolas de besos*). Sí, sí, ya lo veo, madre, cuando estoy en casa, ya lo veo. Y es otra de las cosas que más pesan... Pero ahora ya lo sabes todo

y no volveremos á hablar de ello por hoy. No puedo pensar en esto mucho tiempo seguido. (*Se dirige hacia el fondo*). Que me den algo de beber, madre.

ELENA.—¿De beber? ¿Qué quieres beber á estas horas?

OSWALDO.—¡Eh! Cualquier cosa. Tú tienes en casa ponche frío.

ELENA.—Sí, pero mi querido Oswaldo...

OSWALDO.—No te opongas á esto, madre. Sé amable. Necesito algo con que ahogar todos los pensamientos que me consumen. (*Entra en el invernadero*). ¡Y, para colmo, esta obscuridad que reina aquí. (*Elena tira del cordón de la campanilla que está á la derecha*). ¡Y esa lluvia continua. Una semana tras otra, y meses enteros sin parar! ¡Ni un rayo de sol nunca! De todas las veces que he estado en casa no recuerdo una en que haya hecho sol.

ELENA.—Oswaldo, tú piensas abandonarme.

OSWALDO.—(*Suspirando profundamente*). Yo no pienso en nada. No puedo pensar en nada. (*Bajando la voz*). No hay cuidado.

ESCENA V

Dichos. REGINA.

REGINA.—(*Saliendo del comedor*). ¿Ha llamado la señora?

ELENA.—Sí, trae la lámpara.

REGINA.—En seguida, señora. Está encendida. (*Vase*)

ELENA.—(*Acercándose á Oswaldo*). Oswaldo, no disimules conmigo.

OSWALDO.—No te oculto nada, madre. (*Aproximándose á la mesa*). Me parece que te hecho no pocas confesiones... (*Entra Regina con la lámpara y la pone en la mesa*).

ELENA.—Oye, Regina, ve por una botella pequeña de champagne.

REGINA.—Sí, señora. (*Sale*).

OSWALDO. — (*Estrechando la cabeza de Elena*). Eso si que está bien. Ya sabía yo que mi madrecita no consentiría que su hijo tuviese sed.

ELENA. — ¡Pobrecito Oswaldo! ¿Cómo podría yo negarte nada ahora?

OSWALDO. — (*Con viveza*). ¿Es de veras, madre? ¿Lo dices en serio?

ELENA. — ¿Cómo? ¿El qué?

OSWALDO. — ¿Que no tienes nada que negarme?

ELENA. — Pero, mi querido Oswaldo...

OSWALDO. — ¡Cht!

REGINA. — (*Dejando en la mesa una bandeja con una botellita de champagne*). ¿Destapo?

OSWALDO.—Gracias, voy á hacerlo yo. (*Vase Regina*).

ESCENA VI

OSWALDO y ELENA

ELENA. — (*Sentándose á la mesa*). ¿Qué hay, pues, que no debería negarte yo? ¿En qué pensabas?

OSWALDO. — (*Ocupado en abrir la botella*). Ante todo uno... ó dos vasos. (*Hace saltar el tapón, llena un vaso, y quiere llenar otro*).

ELENA.—(*Sujetándole la mano*) Gracias... yo no tomo.

OSWALDO. — Entonces será para mí. (*Bebe un vaso y lo vuelve á llenar y vaciar. Después se sienta á la mesa*).

ELENA. — (*Esperando que hable*). ¿Conque...?

OSWALDO. — (*Sin mirarla*). Oye: me ha llamado la atención como estabais en la mesa tú y el pastor Mánders... tan callados los dos...

ELENA. — ¿Notaste tú eso?

OSWALDO. — Sí. (*Después de una pausa*). Dime... ¿qué piensas de Regina?

ELENA. — ¿Que qué pienso?

OSWALDO. — Sí. ¿Verdad que es soberbia?

ELENA. — Mi querido Oswaldo, tú no la conoces como yo.

OSWALDO. — ¿Eso quiere decir...?

ELENA. — Regina, desgraciadamente, ha permanecido demasiado tiempo en su casa; debía recogerla más pronto.

OSWALDO. — Bien, pero ¿no es soberbia, madre? (*Llena el vaso*).

ELENA. — Regina tiene muchos y grandes defectos...

OSWALDO. — ¿Y eso qué? (*Bebe*).

ELENA. — Pero no por eso le tengo menos cariño; y soy responsable de ella. Por nada de este mundo querría que le sucediese ninguna cosa.

OSWALDO. — (*Levantándose de un salto*). ¡Madre, Regina es mi única salvación!

ELENA. — ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. — Yo no puedo continuar soportando á solas ese tormento.

ELENA. — ¿No tienes á tu madre para soportarlo contigo?

OSWALDO. — Así lo creía, y por eso he venido. Pero ya veo que las cosas no podrán seguir de este modo. Yo no podré pasar aquí toda mi existencia.

ELENA. — ¡Oswaldo!

OSWALDO. — Yo tengo que vivir de otro modo, madre. He ahí por que es preciso que te deje. Yo no quiero que tengas siempre este espectáculo delante de los ojos.

ELENA. — ¡Infeliz hijo! Pero mientras estés tan enfermo, Oswaldo...

OSWALDO. — Si no fuera más que la enfermedad, me quedaría contigo, madre, porque tú eres el mejor amigo que tengo en el mundo.

ELENA. — ¿Verdad que sí Oswaldo? ¡Dí!

OSWALDO. — (*Yendo de un lado para otro con desasosiego*). Pero son además todos esos tormentos, todos esos remordimientos interiores..., y por remate esta gran angustia mortal. ¡Oh!... ¡Esta horrible angustia!

ELENA. — (*Yendo detrás de él*). ¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. — ¡Ah! no me preguntes más sobre eso.

No sé, no puedo describírtela. (*Elena pasa á la derecha y tira del cordón de la campanilla*). ¿Qué quieres?

ELENA. — Quiero que mi hijo esté alegre, ¡eso! Es menester que no vea negras todas las cosas. (*A Regina que aparece en la puerta*). Más champagne. Ahora una botella grande. (*Vase Regina*).

OSWALDO. — ¡Madre!

ELENA. — ¿Crees tú que nosotros no sabemos vivir aquí?

OSWALDO. — ¿No tiene esa muchacha una estampa soberbia? ¡Vaya unas formas! Y rebosando salud por todas partes.

ELENA.—(*Sentándose á la mesa*). Vente aquí, Oswaldo, que hablaremos tranquilamente.

OSWALDO. — (*Sentándose*). ¿No sabes, madre, que yo tengo que reparar una falta cometida con Regina?

ELENA. — ¿Tú?

OSWALDO. — O, si prefieres, una ligera imprudencia, y muy inocente. La última vez que estuve aquí....

ELENA. — ¿Qué pasó la última vez?

OSWALDO. — Me hizo mil preguntas sobre París, y le conté que se yo cuantas cosas. Después recuerdo que un día acerté á decirle: «¿No le gustaría á usted ir allá?»

ELENA. — ¿Y ella?

OSWALDO. — Se puso como la grana, y me dijo: «Sí, me gustaría muchísimo». — «Bien, le respondí, está bien, puede que haya un medio de satisfacer su deseo».

ELENA. — ¿Y qué más?

OSWALDO. — Naturalmente, me había olvidado de todo; pero anteayer le pregunté si estaba contenta del mucho tiempo que yo iba á permanecer aquí...

ELENA. — ¿Y qué respondió?

OSWALDO. — Me miró de una manera singular, diciéndome: «¡Sepamos...! ¿Y mi viaje á París?»

ELENA. — ¿Su viaje?

OSWALDO. — Entonces ví que había tomado la cosa en serio, que había estado pensando en mí toda

esa temporada, y que se había puesto á aprender el francés.

ELENA. — ¡Ya! Por eso...

OSWALDO. — ¡Madre! Al ver esa soberbia muchacha, tan linda, tan llena de salud, — jamás me había fijado hasta entonces,—al verla, puede decirse con los brazos abiertos, dispuesta á recibirme...

ELENA. — ¡Oswaldo!

OSWALDO. — ...Comprendí que era la salvación. Lo que yo veía en mi presencia era la alegría de vivir.

ELENA. — (*Asombrada*). ¿La alegría de vivir...? ¿Esa es, pues, la salvación?

ESCENA VII

Dichos, REGINA.

REGINA. — (*Presentándose en el umbral, con una botella en la mano*). Dispénsenme ustedes si he tardado tanto, pero he tenido que bajar á la bodega.

OSWALDO. — Dénos usted otro vaso.

REGINA. — (*Mirándolo con asombro*). Aquí tiene usted el vaso de la señora, señorito.

OSWALDO. — Sí, pero un vaso para tí, Regina. (*Regina se estremece y mira timidamente á su señora*).

OSWALDO. — ¿Vamos?

REGINA. — (*Perpleja y bajando la voz*). ¿Lo permite la señora?

ELENA. — Vé por el vaso, Regina. (*Regina pasa al comedor*).

OSWALDO. — (*Siguiéndola con los ojos*). ¿Has reparado en su manera de andar? ¡Tan firme y tan resuelta!

ELENA. — ¡Eso no puede ser, Oswaldo!

OSWALDO. — Está decidido. Ya lo ves: es inútil contradecirme. (*Entra Regina con un vaso que conserva en la mano*).

OSWALDO. — Siéntate, Regina. (*Regina interroga á su señora con la mirada*).

ELENA. — Siéntate. (*Regina se sienta en una silla cerca de la puerta del comedor y conserva en la mano el vaso vacío*). Oswaldo... ¿qué me decías de la alegría de vivir?

OSWALDO. — ¡Oh, madre, la alegría de vivir...! En esta tierra apenas la conocéis. Yo no la siento aquí jamás.

ELENA. — ¿Ni aún estando en casa?

OSWALDO. — Ni aún estando en casa. Pero tú no me comprendes.

ELENA. — Sí, ahora creo interpretar tu idea.

OSWALDO. — ¡La alegría de vivir... y luego la alegría de trabajar! En el fondo es lo mismo. Pero también desconocéis aquí esa alegría.

ELENA. — Puede que tengas razón. Sígueme hablando de eso, Oswaldo.

OSWALDO. — Mira, yo pienso sencillamente que aquí se enseña á mirar el trabajo como un azote de Dios, como un castigo de nuestros pecados, y la vida como una cosa miserable, de que urge librarse cuanto antes.

ELENA. — Sí, un valle de lágrimas. Y la verdad es que hacemos lo posible porque sea así.

OSWALDO. — Pues allá, en los países del sol, no se quiere saber nada de eso. Allá esa clase de enseñanzas no encuentra creyentes. Allá puede uno sentirse lleno de alegría y felicidad, por la sencilla razón de que se vive. Madre, ¿no has notado tú que todo lo que he pintado gira en torno de la alegría de la vida? Allá todo es luz, sol, regocijo y los semblantes humanos brillan de placer. Por eso me asusta permanecer aquí.

ELENA. — ¿Te asustas? ¿Y de qué te asustas en casa?

OSWALDO. — De que todo lo que fermenta en mi interior se transforme aquí en mal.

ELENA. — (*Mirándole fijamente*). ¿Crees eso posible?

OSWALDO. — Absolutamente seguro. Aunque yo tratase de llevar en casa idéntica vida que allá, no sería lo mismo.

ELENA. — (*Que ha escuchado con atención creciente,*

se levanta y fija en su hijo una mirada profunda y pensativa). ¡Ahora lo comprendo todo!

OSWALDO. — ¿El qué?

ELENA. — Es la primera vez que veo la verdad y ahora puedo hablar.

OSWALDO. — (*Levantándose*). No te entiendo, madre.

REGINA. — (*Se ha levantado también*). ¿Debo marcharme?

ELENA. — No, quédate. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mio, vas á saberlo todo, y después tomarás una determinación. ¡Oswaldo! ¡Regina!

OSWALDO. — Silencio. El Pastor...

ESCENA VIII

Dichos, el pastor MÁNDERS.

EL PASTOR. — (*Entrando por la puerta del vestíbulo*). ¡Bueno! Hemos tenido una de esas reunioncitas que ensanchan el alma.

OSWALDO. — Nosotros tambien.

EL PASTOR. — Hay que ayudar á Engstrand en eso del albergue de los marinos. Es menester que Regina se vaya con él y le preste su concurso.

REGINA. — No, gracias, señor Pastor.

EL PASTOR. — (*Que no había reparado en ella todavía*). ¿Qué?... ¡Aquí!... ¡y con un vaso en la mano!

ELENA. — (*Apresurándose á dejar el vaso*). Ustedes perdonen...

OSWALDO. — Regina se viene conmigo, señor pastor.

EL PASTOR. — ¡Que se va! ¿Con usted?

OSWALDO. — Sí, en calidad de esposa... si lo exige.

EL PASTOR. — Pero ¡misericordia!...

REGINA. — Yo no puedo hacer nada... señor Pastor.

OSWALDO. — O se queda aquí, si yo me quedo.

REGINA. — (*Involuntariamente*). ¡Aquí!

EL PASTOR. — Me deja usted atónito, señora.

ELENA. — No sucederá nada de eso, porque ahora puedo decirlo todo.

EL PASTOR. — ¡Pero no querrá usted! ¡No, no!

ELENA. — Puedo y quiero. Tranquilícese usted, no habrá ningún ideal destruído.

OSWALDO. — ¿Qué se me oculta aquí madre?

REGINA. — (*Escuchando*). ¡Señora! ¡Oiga usted! Hay gente fuera; gritan. (*Pasa al invernadero y mira por la ventana*).

OSWALDO. — (*En la ventana de la izquierda*). ¿Qué pasa? ¿De qué procede ese resplandor?

REGINA. — (*Profiriendo un grito*). ¡Es que está ardiendo el asilo!

ELENA. — (*A la ventana*). ¡Ardiendo!

EL PASTOR. — ¿Ardiendo? Imposible. Vengo de allí.

OSWALDO. — ¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! Poco importa... ¡El asilo de mi padre! (*Sale corriendo por la puerta que da al mar*).

ELENA. — ¡Mi chal, Regina! ¡Todo está envuelto en llamas!

EL PASTOR. — ¡Es espantoso! Señora, ¡es el castigo que cae sobre este lugar de perdición!

ELENA. — Sí, sí, seguramente. Ven, Regina. (*Se precipita seguida de Regina por la puerta del vestíbulo*).

EL PASTOR. — (*Juntando las manos*). ¡Y sin asegurar! (*Vase detrás de ellas*).

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. Todas las puertas abiertas. La lámpara sigue encendida encima del velador. Fuera reina aun la obscuridad de la noche; no se ve más que un débil resplandor en el fondo del paisaje, á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ELENA y REGINA. La primera, envuelta en su chal, mira por una ventana del invernadero, y la segunda, con chal también, se encuentra detrás á corta distancia.

ELENA. — Todo ha ardido. Se ha destruido todo.
REGINA. — Aun hay fuego en los cimientos.
ELENA. — ¡Y Oswaldo sin volver! No hay nada que salvar, sin embargo.
REGINA. — ¿Iré á llevarle el sombrero?
ELENA. — ¿No tiene sombrero siquiera?
REGINA. — (*Señalando con el dedo hacia el vestíbulo*). No, señora; véalo usted en la percha.
ELENA. — Déjalo ahí. No puede tardar en volver. Voy á ver yo misma. (*Vase por la puerta que da al mar*).

ESCENA II

El Pastor MÁNDERS y REGINA.

EL PASTOR. — (*Entrando por la puerta del vestíbulo*). ¿No está la señora?

REGINA. — Acaba de salir hacia la playa.

EL PASTOR. — Es la noche más terrible que he pasado en mi vida.

REGINA. — ¡Qué desgracia! ¿Verdad?

EL PASTOR. — ¡Oh! no me hable usted de eso. Apenas puedo pensarlo.

REGINA. — Pero ¿cómo ha empezado el fuego?

EL PASTOR. — ¡No me pregunte usted nada! ¿Lo sé yo? ¿Es que quiere usted también?... ¿No basta que su padre?...

REGINA. — ¿Qué ha hecho?

EL PASTOR. — ¡Oh! Me volverá del revés la cabeza.

ESCENA III

Dichos. ENGSTRAND por la puerta del vestíbulo.

ENGSTRAND. — ¡Señor Pastor!...

EL PASTOR. — (*Volviéndose con espanto*). ¿Cómo? ¿Me persigue usted hasta aquí?

ENGSTRAND. — ¡Sí! ¡El cielo me confunda!... ¡Jesús, lo que digo! Pero todas sus lamentaciones de usted no sirven de nada, señor Pastor.

EL PASTOR. — ¿Qué hay?

ENGSTRAND. — ¡Ah! Todo lo ha malogrado esa reunión piadosa. (*Aparte á Regina*). ¡Esta es la nuestra, hija! (*Alto*). ¿De modo que yo tengo la culpa de que el señor Pastor haya?...

EL PASTOR. — Pero yo le aseguro á usted, Engstrand...

ENGSTRAND. — Nadie ha tocado á las luces más que el señor Pastor.

EL PASTOR. — (*Deteniéndose*). Sí, eso dice usted; pero yo no recuerdo haber tenido una luz en la mano.

ENGSTRAND. — Y yo que ví perfectamente al señor Pastor despabilar una vela con los dedos, y tirar el pábilo en el serrin.

EL PASTOR. — ¿Usted ha visto eso?

ENGSTRAND. — Perfectamente.

EL PASTOR. — No lo entiendo. Sobre que yo no he tenido jamás la costumbre de despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND. — Sí, aquello no parecía bien: buena prueba tenemos de ello. Pero, ¿es muy grande el mal causado por ese incendio?

EL PASTOR. — (*Paseándose con desasosiego*). ¡No me pregunte usted nada!

ENGSTRAND. — (*Siguiéndole*). Y, para que nada falte, ¿no había tomado seguro el señor Pastor?

EL PASTOR. — (*Sin dejar de andar*). ¡No, no y no; lo sabe usted de sobra!

ENGSTRAND. — (*Siguiéndole*). ¡Sin seguro! ¡vamos, que prenderse fuego así!... ¡Jesús, Jesús, que desgracia!

EL PASTOR. — (*Limpiándose la frente*). ¡Ah! bien puede usted decirlo.

ENGSTRAND. — ¡Y que eso pase con un establecimiento de beneficiencia, que debía ser útil á la ciudad y á sus arrabales...! Mucho me temo que los periódicos no traten como es debido al señor Pastor.

EL PASTOR. — En eso estoy pensando precisamente. Es, quizá, lo más doloroso... ¡Todos esos ataques abominables, todas esas acusaciones!... ¡Ah! ¡Es terrible pensarlo!

ESCENA IV

Dichos, ELENA por la puerta que da á la playa. Después REGINA.

ELENA. — No es posible hacer que abandone el fuego.

EL PASTOR. — ¡Ah! ¿Está usted ahí, señora?

ELENA. — Usted siquiera se ha librado del discurso inagural, pastor Mánders.

EL PASTOR. — ¡Oh! Yo hubiese tenido tanto gusto...

ELENA. — (*Con voz sorda*). Más vale que haya sido así. De ese asilo no podía salir nada bueno.

EL PASTOR. — ¿Usted cree...?

ELENA. — ¿Lo duda?

EL PASTOR. — De todos modos, es una inmensa desgracia.

ELENA. — Hay que meditar sobre este asunto, como

sobre una cuestión de intereses... ¿Espera usted al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND. — (*Cerca de la puerta del vestíbulo*). Sí, señora; estoy esperándolo.

ELENA. — Entonces siéntese usted.

ENGSTRAND. — Gracias; estoy muy bien de pié.

ELENA. — (*Al pastor*). ¿Usted tomará el vapor probablemente?

EL PASTOR. — Sí, dentro de una hora.

ELENA. — En ese caso, tenga usted la bondad de llevarse todos los papeles. No quiero volver á oir hablar del asilo. En este instante me dominan otras preocupaciones.

EL PASTOR. — Señora...

ELENA. — Más tarde le enviaré plenos poderes para terminar como á usted le parezca.

EL PASTOR. — Lo haré con la mayor voluntad. La disposición primero del testamento es ya, por desgracia, completamente inaplicable.

ELENA. — Dicho se está.

EL PASTOR. — Por el pronto, pienso hacer este arreglo: el cercado de Solvik, pertenecerá á la localidad. La tierra no carece de valor: siempre podrá servir para algo. En cuanto á la renta del capital que queda en el Banco quizá podré emplearlo convenientemente en beneficio de la población.

ELENA. — Será lo que usted quiera. Hoy todo eso me es completamente indiferente.

ENGSTRAND. — Piense usted en mi refugio para los marinos, señor Pastor.

EL PASTOR. — Sí, puede ser; es una idea. Veremos. Hay que reflexionar.

ENGSTRAND. — No, caramba; ¡qué reflexión..! (*Reportándose*). ¡Ave María purísima!

EL PASTOR. — (*Suspirando*). Luego, yo no sé desgraciadamente hasta cuando tendré que ocuparme de estos asuntos, y sí la opinión pública aceptará mi concurso. Todo depende del resultado de la información.

ELENA. — ¿Qué dice usted?

EL PASTOR. — Y el resultado no es posible preverlo.

ENGSTRAND. — (*Acercándose á él*). Usted perdone, sí que se puede prever. No olvide que está aquí Jacobo Engstrand.

EL PASTOR. — Sí, sí, pero...

ENGSTRAND. — (*Más bajo*). Jacobo Engstrand no es hombre que abandona á un bienhechor generoso en la hora del peligro...

EL PASTOR. — Sí, querido; pero ¿cómo...?

ENGSTRAND. — ¡Jacobo Engstrand es, por decirlo así, como el ángel de la salvación, señor pastor!

EL PASTOR. — No, no, lo que es eso no podré consentirlo de ningún modo.

ENGSTRAND. — Y, sin embargo, así será. Yo sé de uno que ya ha cargado en cierta ocasión con la falta de otra persona.

EL PASTOR. — ¡Jacobo! (*Le estrecha la mano*). Es usted hombre raro. ¡Vamos! Se hará lo que sea preciso por el asilo de usted. Cuente con ello. (*Engstrand quiere dar las gracias, pero la emoción ahoga su voz. Mánders se pone en bandolera la bolsa de viaje*). Y ¡ahora andando! Los dos nos vamos juntos.

ENGSTRAND. — (*Aparte á Regina que está cerca del comedor*). Vente conmigo chiquilla; estarás como una reina.

REGINA. — (*Moviendo la cabeza*). ¡Gracias! (*Pasa al vestíbulo y dá al Pastor la maleta*).

EL PASTOR. — ¡Adiós, señora! Y quiera el cielo que penetre pronto en esa morada el espíritu de orden y de regularidad.

ELENA. — ¡Adiós Mánders! (*Viendo entrar á Oswaldo por la puerta exterior, se dirige al invernadero*).

ESCENA V

Dichos, OSWALDO

ENGSTRAND. — (*Secundado por Regina, ayuda al Pastor á ponerse el abrigo*). Adiós, hija mía; y si te

ocurre alguna cosa, ya sabes donde encontrar á Jacobo Engstrand. (*Aparte*). ¡Callejuela del Puerto, jem!... (*A Elena y Oswaldo*). Y la casa de los marinos se llamará el «Asilo del gentilhombre Alving...» ¡así! Y, si consigo dirigir esa casa como pienso, puede asegurarse que será digna del difunto señor gentilhombre.

El Pastor. — (*En la puerta*). ¡Hum! Vamos, querido Engstrand. ¡Adiós, adiós! (*Vase con Engstrand por el vestíbulo*).

ESCENA VI

OSWALDO, ELENA y REGINA.

Oswaldo. — (*Acercándose á la mesa*). ¿Qué casa es esa de que hablaba?

Elena. — Una especie de asilo que quieren fundar él y el pastor Mánders.

Oswaldo. — Arderá como éste.

Elena. — ¿De dónde sacas eso?

Oswaldo. — Va á arder todo. No va á quedar nada que recuerde la memoria de mi padre. Yo también me abraso. (*Regina lo mira asombrada*).

Elena. — ¡Oswaldo! No debiste estar allá tanto tiempo, ¡pobre hijo mío!

Oswaldo. — (*Sentándose á la mesa*). Creo que tienes razón.

Elena. — Déjame enjugarte la cara: estás completamente mojado. (*Se la limpia con su pañuelo*).

Oswaldo. — (*Paseando una mirada indiferente*). Gracias madre.

Elena. — ¿No estás cansado? ¿Querrías dormir quizá?

Oswaldo. — (*Con angustia*). No, no... ¡no quiero dormir! Yo no duermo nunca; hago que duermo. (*Con voz sorda*). Pronto me llegará la hora.

Elena. — (*Mirándolo con inquietud*). ¡Ah! ¿De modo que estás malo de veras, bendito mío?

Regina. — (*Prestando atención*). ¿Está malo el señor Alving?

OSWALDO. — (*Con impaciencia*). ¡Y esas puertas! ¡Cerradlas todas! Esta angustia mortal...

ELENA. — Cierra Regina, (*Regina cierra y se queda en la puerta del vestíbulo. Elena se quita el chal. Regina hace otro tanto*).

ELENA. — (*Aproximando una silla y sentándose al lado de Oswaldo*). Ya ves: me vengo junto á tí.

OSWALDO. — ¡Sí, eso es! Y que no se vaya Regina. Regina tiene que estar siempre á mi lado. Tú acudirás en mi auxilio, ¿verdad Regina?

REGINA. — No comprendo.

ELENA. — ¿En tu auxilio?

OSWALDO. — Sí... cuando haga falta.

ELENA. — Oswaldo, ¿no esta aquí tu madre para volar en tu ayuda?

OSWALDO. — ¿Tú? (*Sonriendo*). No, madre; tú no puedes prestarme ese auxilio. (*Con sonrisa forzada*). ¡Tú! ¡Ja, ja! (*La mira gravemente*). Y la verdad es que ese era tu papel. (*Con violencia*). ¡Regina! ¿por qué no me tuteas? ¿Por qué no me llamas Oswaldo?

REGINA. — (*En voz baja*). Creo que no le gustará á la señora.

ELENA. — Dentro de poco tendrás ese derecho. Entretanto ponte junto á nosotros... (*Regina se sienta en silencio y con alguna vacilación al otro lado de la mesa*). Ahora, pobre hijo mío, quiero quitarte el peso que tienes sobre tu alma.

OSWALDO. — ¡Madre! ¿Tú?

ELENA. — Sí: todo lo que llamas penas, remordimientos, arrepentimiento...

OSWALDO. — ¿Y crees que alcanzará á tanto tu poder?

ELENA. — Sí, Oswaldo, estoy segura. Cuando hace un momento hablabas de la alegría de vivir, todo se me apareció claro, y mi vida entera se me ha revelado bajo un nuevo aspecto.

OSWALDO. — (*Moviendo la cabeza*). No comprendo nada.

ELENA. — ¡Ah, si hubieses conocido á tu padre cuando era todavía un teniente imberbe...! ¡La alegría de vivir! El la personificaba...

OSWALDO. — Sí, ya sé.

ELENA. — Comunicaba la alegría, difundía el regocijo en torno suyo... Luego ¡aquella fuerza indomable, aquella plenitud de vida...!

OSWALDO. — Bién, ¿pero...?

ELENA. — Aquel alegre niño (hay que llamarle niño en esa época) se estableció en una población con pretensiones de gran ciudad, en donde, en vez de encontrar dulce reposo, sólo halló placeres sensuales. Allí malgastaba el tiempo sin ningún objeto que alcanzar, sin ningún trabajo en que poder ocupar su espíritu, sin amigos capaces de comprender la alegría de vivir, sino entregado únicamente en negocios y en orgías.

OSWALDO. — ¡Madre...!

ELENA. — Sucedió lo que debía suceder.

OSWALDO. — ¿Y qué debía suceder?

ELENA. — Tú mismo lo decías hace poco, al anunciar lo que sería de tí, si permanecieses en casa.

OSWALDO. — ¿Quieres decir con eso que mi padre...?

ELENA. — Tu pobre padre no encontró jamás un desahogo para aquella alegría de vivir que le rebosaba. Yo tampoco llevé la serenidad á su hogar.

OSWALDO. — ¿Tú tampoco?

ELENA. — Yo había recibido algunas enseñanzas en que no se hablaba más que de deberes y obligaciones, y en ese sentido he vivido mucho tiempo. Toda la existencia se resumía en deberes... mis deberes, sus deberes... ¡Ay, Oswaldo! temo haber hecho insoportable la casa á tu pobre padre.

OSWALDO. — ¿Cómo no me has hablado de eso nunca en tus cartas?

ELENA. — Porque hasta este día nunca creí posible confesartelo todo á tí, á su hijo.

OSWALDO.— ¿Y hoy has comprendido...?

ELENA. — (*Lentamente*). Yo no vi mas que una cosa, y es: que tu padre era hombre perdido antes de tu nacimiento.

OSWALDO. — (*Con voz sorda*). ¡Ah...! (*Se levanta, y se acerca á la ventana*).

ELENA. — Despues reflexioné que Regina pertenecía á esta casa... con el mismo derecho que mi propio hijo.

OSWALDO. — (*Volviéndose precipitadamente*). ¡Regina!

REGINA. — (*Estremeciéndose, con voz contenida*). ¡Yo!

ELENA. — Ahora los dos lo sabeis todo.

OSWALDO. — ¡Regina!

REGINA. — (*Hablando consigo misma*). De modo que mi madre era...

ELENA. — Tu madre, Regina, tenía muchas cualidades buenas.

REGINA.— De todos modos, era buena. ¡Cuantas veces me lo dije yo, sólo que...! ¡En fin, señora! ¿Me permite usted marcharme enseguida?

ELENA. — ¿De veras, querrías irte, Regina?

REGINA. — Lo quiero, si.

ELENA. — Eres libre, naturalmente; pero...

OSWALDO. — (*Acercándose á Regina*). Ahora que estás en tu casa, ¿quieres irte ?

REGINA.—Gracias, señor Alving... Cierto, ahora puedo decir Oswaldo, pero no precisamente de la manera que yo pensaba.

ELENA. — Regina, no he sido franca contigo.

REGINA. — Verdaderamente, no puede decirse tal cosa. Si yo hubiera sabido que Oswaldo estaba enfermo y que no podía haber nada serio entre nosotros... No, yo no voy á consumirme aquí cuidando enfermos.

OSWALDO. — ¿Qué? ¿Ni aun por un hombre tan allegado á tí?

REGINA. — No, no puedo. Una muchacha pobre tiene que emplear su juventud... de otro modo: puedo encontrarme algún día sin casa ni hogar. Yo también deseo disfrutar de la vida, señora.

ELENA. — Bueno; pero no vayas á perderte, Regina.

REGINA.—¡Bah! Si me pierdo, será que estaba de Dios. Puesto que Oswaldo se parece á su padre, yo debo parecerme á mi madre. ¿Puedo preguntar á la señora si el pastor Mánders está enterado de lo que se refiere á mí?

ELENA.— El pastor Mánders lo sabe todo.

REGINA. — (*Poniéndose el chal*). Entonces, necesito darme prisa para alcanzar el vapor. Es tan fácil entenderse con el pastor... Además, me parece que yo tengo tanto derecho al dinero como... ese cojo de carpintero.

ELENA. — No tengo otro deseo, Regina.

REGINA. — (*Mirándola friamente*). Bien hubiera podido la señora educarme como á la hija de un hombre de condición: eso era lo propio. (*Encogiéndose de hombros*). ¡ Bah! ¡Me tiene sin cuidado! (*Mirando de soslayo, con amargura, la botella cerrada*). Después de todo yo podría beber champaña con personas de alto copete.

ELENA. — Si alguna vez necesitas un hogar, ven á mí casa, Regina.

REGINA. — No: se lo agradezco, señora. El pastor Mánders me tomará á su cargo. Y si debiese acabar mal, sé un sitio donde estaré como en mi casa.

ELENA. — ¿Dónde?

REGINA. — En el asilo del gentilhombre Alving.

ELENA. — Bien veo, Regina, que corres á tu perdición.

REGINA. — ¡ Bah! Adios. (*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo*).

ESCENA ÚLTIMA

OSWALDO y ELENA

OSWALDO. — (*Mirando por la ventana*). ¿Se ha marchado?

ELENA. — Sí.

OSWALDO. — (*Entre dientes*). Tanto peor.

ELENA. — (*Detrás de él, poniéndole las manos sobre los hombros*). Oswaldo, querido hijo, ¿te has afectado mucho?

OSWALDO. — (*Volviéndo la cabeza hacia ella*). ¿Por qué? ¿Por lo que se refiere á mi padre?

ELENA. — Claro; á tu desgraciado padre. Temo tanto que la impresión haya sido demasiado fuerte para tí.

OSWALDO. — ¿Qué te induce á creerlo? Naturalmente todo esto me ha sorprendido de una manera extraordinaria, pero en el fondo me es igual.

ELENA. — (*Retirando las manos*). ¿Igual? ¿Que tu padre haya sido tan profundamente desgraciado?

OSWALDO. — Puedo compadecerlo como á cualquier otro, pero...

ELENA. — ¿Nada más? ¡Por tu propio padre!

OSWALDO. — (*Con impaciencia*). Mi padre... mi padre. ¿He conocido yo por ventura á mi padre? ¡No tengo ningún recuerdo de él, como no sea que un día me hizo vomitar con su pipa!

ELENA. — ¡Es desagradable pensarlo! Pero con todo un hijo debe amar á su padre.

OSWALDO. — ¿Aunque ese padre no ostente ningún título á su gratitud? ¿Aunque el hijo no le haya conocido nunca? Y tú, que blasonas de ilustrada, ¿alimentas esa añeja preocupación?

ELENA. — ¿Conque preocupación...?

OSWALDO. — Si, madre; puedes afirmarlo. Es una de esas ideas corrientes que el vulgo admite sin examen, uno de esos...

ELENA. — (*Sobrecogida*). ¡Espectros!

OSWALDO. — (*Atravesando la escena*). Si, así puedes llamarlas.

ELENA. — (*Con transporte*). ¡Oswaldo! ¿Entonces tampoco á mí me quieres?

OSWALDO. — A tí, por lo menos, te conozco.

ELENA. — Me conoces... pero... ¿nada más?

OSWALDO. — Y sé que me quieres. Por fuerza he de estarte agradecido. Además, puedes serme tan útil ahora que estoy enfermo.

ELENA. — ¿Verdad, Oswaldo? ¡Oh! poco me falta para bendecir la enfermedad que te ha traido á mi lado. Porque bien se vé que no te poseo: es menester que te conquiste.

OSWALDO. — (*Con impaciencia*). Sí, sí, todo eso son maneras de hablar. Es preciso que te acuerdes de que soy un enfermo. Yo no puedo ocuparme de otros porque bastante tengo con pensar en mi mismo.

ELENA. — (*Con dulzura*). Bien, bien. Yo sabré tener paciencia.

OSWALDO. — ¡Y alegría, madre!

ELENA. — Bien, si, lo que quieras. ¿No he conseguido alejar de tí los remordimientos y preocupaciones que te sofocaban?

OSWALDO. — Sí, lo has logrado. Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

ELENA. — ¿La angustia?

OSWALDO. — (*Atravesando la escena*). Regina lo hubiera conseguido con una sola palabra.

ELENA. — ¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

OSWALDO. — Madre, ¿va pasando la noche?

ELENA. — Va á amanecer. (*Mira por una ventana del invernadero*). El alba colora las cumbres. ¡Tendremos buen tiempo Oswaldo! ¡Dentro de pocos instantes verás el sol!

OSWALDO. — Me alegro. ¡Hay tantas cosas que pueden alegrarme y convidarme á vivir!

ELENA. — ¡Ya lo creo!

OSWALDO. — Aunque no pueda trabajar...

ELENA. — No has de tardar en poder trabajar, puesto que ya no te atormentan aquellos pensamientos enervadores que te ahogaban y que te adormecían el cerebro.

OSWALDO. — Y ahora que has disipado mis pesadillas... (*Sentándose en el sofá*) hablemos, madre.

ELENA. — Eso, es. (*Acerca una butaca y se sienta muy cerca de su hijo*).

OSWALDO. — Mientras el sol sale, vas á saberlo todo, y se me irá la angustia.

ELENA. — ¿Qué he de saber? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. — (*Sin escucharla*). Madre, ¿no me decías que no hay nada en el mundo que no hicieras por mí si yo te lo rogase?

ELENA. — Sí, es verdad.

OSWALDO. — ¿Y sigues diciéndolo?

ELENA. — Puedes estar seguro. ¿No eres mi único hijo? ¿Vivo yo para otro que no seas tú?

OSWALDO. — Pues, escucha y no me interrumpas,

oigas lo que oigas. No se me oculta que tienes el alma bien templada...

ELENA. — Pero, ¿qué cosas son esas? Veamos.

OSWALDO. — Es que no has de alborotarte. ¿Me lo prometes? Hablaremos con calma y sosiego... ¿Me lo prometes, madre?

ELENA. — Sí, si, te lo prometo. ¡Pero habla!

OSWALDO. — Bien. Pues has de saber que esta fatiga... y este estado en que la idea del trabajo se me hace insoportable... todo eso no es mi enfermedad en si misma.

ELENA. — ¿Y esa enfermedad...?

OSWALDO. — Esta enfermedad que me ha cabido en herencia está... (*Poniendo el dedo en la frente y bajando la voz*) está aquí dentro.

ELENA. — (*Casi afónica*) ¡Oswaldo! ¡No... no!

OSWALDO. — ¡No grites! No puedo soportarlo... Sí, ya sabes... está aquí dentro en acecho... A lo mejor puede estallar.

ELENA. — ¡Ah, es espantoso!

OSWALDO. — Tranquilidad, madre. ¡Así me veo!

ELENA. — (*Dando un salto*) ¡Todo eso es falso! ¡Es imposible! ¡No puede ser!

OSWALDO. — Allá... en París, tuve un acceso. Pasó pronto, pero me ví perseguido por la angustia que me enloquecía... Y tan pronto como pude he corrido á tu lado.

ELENA. — ¡De modo que esa es la angustia...!

OSWALDO. — Es un horror indecible. ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria! Al fin, no temo tanto la muerte que... y eso que bien quisiera vivir todo el tiempo posible...

ELENA. — ¡Oh, sí, y vivirás Oswaldo!

OSWALDO. — ¡Pero hay en esto una cosa tan horrible! Volver, por decirlo así, al estado de primera infancia... Necesitar que otro me alimente... ¡Ah ¡no hay palabras con que expresar lo que sufro!

ELENA. — El niño tiene á su madre para cuidarle.

OSWALDO. — (*Saltando de su sitio*) ¡No! ¡jamás! Me resisto á la idea de permanecer en tal situación

años y años, de envejecer y encanecer así... Y en tanto tú podrías morir y dejarme solo. (*Se sienta en la butaca de su madre*). Porque el médico ha dicho que esto no concluye necesariamente con una muerte inmediata. Pretende que es una especie de reblandecimiento de el cerebro ó algo parecido. (*Con sonrisa penosa*). Me parece que la expresión suena armoniosamente. Yo me doy á pensar de continuo en terciopelos de seda, rojos, color de cereza... algo delicado y suave que se acaricia...

ELENA. — (*Gritando*). ¡Oswaldo!

OSWALDO. — (*Levántandose de un brinco y atravesando la escena*). ¡Y me has arrebatado á Regina! ¿Por qué no está aquí? Ella sabria socorrerme...

ELENA. — (*Acercándose á él*). ¿Que quieres decir, hijo del alma? ¿Que socorro habrá que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

OSWALDO. — Cuando recobré el sentido, después del acceso de allá... de París... el médico me dijo que si éste repetía — y repetirá — no había esperanza.

ELENA. — ¡Y tuvo valor para decirte eso!

OSWALDO. — Le obligué yo. Le dije que tenía que dejar algo dispuesto... (*Sonrisa maliciosa*). Y era verdad. (*Sacando una cajita de su bolsillo interior*). Madre, ¿ves esto?

ELENA. — ¿Qué es?

OSWALDO. — Polvos de morfina.

ELENA. — (*Mirándole con espanto*). ¡Oswaldo... hijo mío!

OSWALDO. — He conseguido reunir doce paquetes.

ELENA. — (*Tratando de coger la caja*). ¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSWALDO. — Todavía no, madre. (*Guarda la caja*).

ELENA. — No sobreviviré á ese golpe.

OSWALDO. — Se puede sobrevivir... Si tuviera á Regina aquí, le diría mi resolución y le exigiría este último servicio. Regina, estoy seguro, no me lo negaría.

ELENA. — ¡Jamás!

OSWALDO. — Si el acceso me hubiere dado en su pre-

sencia, y me hubiera visto aquí tendido en el suelo... más débil que un recién nacido... impotente, miserable, sin esperanza, sin salvación posible...

ELENA. — No; Regina no hubiera consentido jamás...

OSWALDO. — Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡Tenía un corazón tan adorablemente ligero! Y además pronto se hubiera cansado de cuidar á un enfermo como yo.

ELENA. — Entonces demos gracias á Dios, porque se ha marchado.

OSWALDO. — Sí, madre: de manera que á tí toca ahora socorrerme.

ELENA. — (*Profiriendo un grito*). ¿Yo?

OSWALDO. — ¿Quién, si no tú?

ELENA. — ¡Yo! ¡Tu madre!

OSWALDO. — Precisamente.

ELENA. — ¿Yo, que te he dado la vida?

OSWALDO. — No te la pedí. ¡Y qué vida la que me has dado! No la quiero. ¡Tómala!

ELENA. — (*Huyendo hacia el vestíbulo*). ¡Socorro! ¡Socorro!

OSWALDO. — (*Corriendo tras ella*). ¡No me dejes solo! ¿Adonde vas?

ELENA. — A llamar al médico. ¡Déjame salir!

OSWALDO. — Ni saldrás tú, ni entrará nadie. (*Echa la llave*).

ELENA. — ¡Oswaldo, Oswaldo! ¡Hijo mío!

OSWALDO. — (*Siguiéndola*). ¿Y tienes tú corazón de madre, tú que puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?

ELENA. — (*Con voz contenida, después de una pausa*). Toma mi mano.

OSWALDO. — ¿Quieres?

ELENA. — Si llega á ser necesario. Pero, no será. ¡Es imposible, imposible!

OSWALDO. — Esperémoslo así. Y en tanto, vivamos juntos todo lo que podamos. Gracias, madre. (*Se sienta en la butaca que Elena acercó al sofá. Amanece. La lámpara continúa ardiendo sobre la mesa*).

ELENA. — (*Acercándose suavemente*). ¿Te sientes ahora más calmado?

OSWALDO. — Sí.

ELENA. — (*Inclinada hacia él*). Todo ello no era más que cosa de la imaginación. Esas sacudidas te han quebrantado. Es necesario que reposes... ¡Aquí, á mí lado, junto á tu madre, hijo del alma! Todo lo que quieras, cuanto pidas; te lo daré yo; sí, lo mismo que cuando eras un rapazuelo. Ya ves: ha pasado el ataque. ¡Ah, bien lo sabía yo! Y ahora, mira Oswaldo, ¡qué hermoso día tenemos! ¡Como resplandece el sol! Ya verás como vas á reponerte aquí, en tu casita. (*Se acerca á la mesa y apaga la lámpara. Sale el sol. En el fondo del paisaje, la montaña y la llanura brillan con los rayos matutinos*).

OSWALDO. — (*Inmóvil en su butaca, de espaldas al foro: de repente pronuncia estas palabras*). Madre, dame el sol.

ELENA. —(*Junto á la mesa mirándole espantada*) ¿Qué dices?

OSWALDO. — (*Con voz sorda*). ¡El sol! ¡El sol!

ELENA — (*Acercándose á él*). Oswaldo, ¿qué tienes? (*Oswaldo se desploma en la butaca: todos sus músculos se aflojan: el rostro pierde su expresión; los ojos, apagados, miran fijos. Su madre tiembla de terror*). ¿Qué es esto? (*Gritando*). ¡Oswaldo! ¿Qué tienes? (*Se arrodilla delante de él y le sacude*) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¡Mírame ! ¿No me conoces?

OSWALDO — (*Con voz ahogada*). ¡El sol! ¡El sol!

ELENA — (*Levantándose de un brinco, desesperada, las manos en la cabeza y gritando*). ¡No puedo! (*Con voz desmayada*). ¡No puedo! ¡Jamás! (*Súbitamente*). Pero, ¿dónde están? (*Busca con rapidez en los bolsillos de Oswaldo*). ¡Aquí! (*Retrocede y exclama*). ¡No, no, no...! ¡Sí!... ¡No, no! (*Permanece á algunos pasos de su hijo, con las manos crispadas entre el cabello, y mirándole fijamente, muda de terror*).

OSWALDO. — (*Siempre inmóvil*) ¡El sol!... ¡El sol!

TELÓN

TEATRO ANTIGUO Y MODER

Colección de las mejores obras dramáticas á CUATRO REALES tomo

Ibsen.—Halvard Solness.
» —Hedda Gabler.
» —Los puntales de la sociedad.
» —Un enemigo del pueblo.
» —Casa de muñeca.
» —La unión de los jóvenes
» —Brand.
» —El pato silvestre.
» —Espectros.
» —La dama del mar.
» —Rosmersholm.
» —El niño Eyolf.
» —Peer Gynt.
Shakespeare.—Hamlet.
» —Otelo.
» —La fierecilla domada.
» —Romeo y Julieta.
Balzac.—Lucha eterna.
Strindberg.—La señorita Julia.
» —Padre.
Sudermann.—El honor.
» —Magda.
Marlowe.—Fausto.
Pagano.—Más allá de la vida.
» —El dominador.
» —Nirvana.
» —Almas que luchan.

Maeterlinck.—La intrusa.—l
ciegos.—Inte
T. de Molina.—D. Gil de la
calzas ve
» —El vergonzos
pal
» —La villana i
Vall
Moratín.—El sí de las niñ
El
Hauptmann.—Almas solitar
Calderón.—La vida es sueño
Dumas.—La dama de las came
Gener-Omedes.—El Sr. Mini
Payró.—Sobre las ruinas.
Butti.—Tras el placer.
Molière-Moratín.—El médi
palos.—La escuela
los maridos.
Ramos.—Almas rebeldes.
» —Una bala perdida.
Giacometti.—La muerte civil
Wagner.—El oro del Rhin.—
Walky
» —Siegfried.—El ocas
de los dio
Sardou.—La Tosca.
Rojas.—La Celestina.
Delicado.—La Lozana Andalu

A DOS REALES tomo

Anónimo.—El diablo predicador.
Labaila.—Los comuneros de Cataluña.
Jovellanos.—El delincuente honrado.